

La amistad de Cristo

Robert H. Benson

Prólogo

Así es mi amigo

PRIMERA PARTE: CRISTO EN EL INTERIOR DEL ALMA

I. LA AMISTAD DE CRISTO (en general)

II. LA INTIMIDAD CON CRISTO

III. LA VÍA PURGATIVA

IV. LA VÍA ILUMINATIVA

SEGUNDA PARTE: CRISTO EN EL EXTERIOR

V. CRISTO EN LA EUCARISTÍA

VI. CRISTO EN LA IGLESIA

VII. CRISTO EN EL SACERDOTE

VIII. CRISTO EN EL SANTO

IX. CRISTO EN EL PECADOR

X. CRISTO EN EL HOMBRE CORRIENTE

XI. CRISTO EN EL QUE SUFRE

TERCERA PARTE: CRISTO EN SU VIDA HISTÓRICA

XII. LAS SIETE PALABRAS

1. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»

2. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»

3. «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre»

4. «Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

5. «Tengo sed»

6. «Todo esta cumplido»

7. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

XIII. DÍA DE PASCUA

PROLOGO

Robert Hugh Benson nació en el Wellington 140 College el 28 de noviembre de 1871. Era el hijo menor de Edward White Benson, entonces arzobispo de Canterbury y una figura extraordinariamente apreciada en la Inglaterra victoriana, que murió cuando Robert, recién ordenado sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, tenía 25 años.

Después de servir en distintas parroquias anglicanas Robert Hugh Benson se sintió atraído por el catolicismo, en cuya Iglesia fue admitido en 1903. Marchó directamente a Roma para prepararse para el sacerdocio y un año después recibía las órdenes sagradas. Debido a su ardiente deseo de ser sacerdote y quizá a causa de su delicada salud, fue dispensad de ciertos

estudios habituales en el caso de un converso.

Benson había cursado la carrera en Cambridge y allí volvió para completar sus estudios sacerdotales. En 1908 fue nombrado capellán de la Universidad, pero pronto obtuvo permiso para dejar sus ocupaciones oficiales y dedicarse sola y mente a la literatura. Y lo hizo apasionadamente. En 1912 publicó tres novelas históricas: *By What Authority*, *Come Back*, *Come Rope* y *Lord of the World*, a las que siguieron otras, además de la obra poética, el teatro y la literatura espiritual: una enorme producción que sólo pudo detener la muerte del autor en 1914, a los 43 años de edad. La amistad de Cristo es quizá el mejor libro espiritual de Benson, escrito con el calor del íntimo fervor que Evelyn Waugh describía como una constante en la breve vida del joven sacerdote inglés: "Trabajaba sin pensar en la posteridad, como si el día del juicio fuera inminente, prodigando su talento para arrastrar a los que le rodeaban al encuentro definitivo con Cristo".

La amistad de Cristo fue publicado en 1912, con tan extraordinario éxito que alcanzó 12 ediciones. Es un libro religioso en el mejor sentido del término. Está orientado a nutrir, ampliar, enriquecer y profundizar la fe personal. No trata, ni lo intenta, de convertir a los descreídos o de agitar el árbol del racionalismo para hacer caer a ateos y agnósticos. Da por supuestas unas creencias tan firmes y completas como las de su autor e intenta introducir al lector por los caminos interiores que Benson explorara con tan gran provecho como satisfacción.

Este autor, un hombre cultivado, tiene la generosidad de considerar que sus lectores también lo son. Pero instruye sin pedantería, subrayando aspectos significativos de especial interés, como se hace con un buen amigo.

"La clave de una perfecta amistad consiste en que los amigos se den a conocer mutuamente, lo dejando a un lado las reservas y mostrándose tal y como cada uno es.

La primera etapa, pues, de la amistad divina es la revelación del mismo Jesucristo. En nuestra vida espiritual, haya sido tibia o fervorosa, se ha dado un elemento predominante de inconsistencia. Es cierto que hemos sido dóciles, que nos hemos esforzado por evitar el pecado, que hemos recibido la gracia, la hemos perdido y la hemos recuperado, que hemos adquirido méritos o los hemos desperdiciado, que hemos intentado cumplir con nuestros deberes y procurado mejorar y amar. Todo ello es cierto delante de Dios, pero no ha calado en nuestro propio ser. ¿Hemos rezado? Sí, aunque escasamente. Hemos hecho meditación: nos planteamos un tema, reflexionamos sobre él, hacemos un propósito y terminamos, siempre con el reloj a la vista para no alargarla demasiado.

Pero después de aquella nueva y maravillosa experiencia todo cambia. Jesús empieza a mostrarnos no sólo las maravillas de su pasado, sino la gloria de su presencia. Comienza a vivir con nosotros, rompe el molde en el que le había metido nuestra imaginación: vive, se mueve, habla, actúa, toma un

camino u otro, y todo ante nuestra mirada."

Realmente, la viva amistad con Cristo descrita por Benson es una experiencia anhelada por los cristianos de todos los tiempos y especialmente del nuestro. Es un placer poder presentar a una nueva generación de lectores esta obra de sereno pero eficaz enriquecimiento espiritual.

IGNATIUS DROSTIN

ASÍ ES MI AMIGO

Te diré cómo le conocí:
Había oído hablar mucho de El, pero no hice caso.
Me cubría constantemente de atenciones y regalos, pero nunca le di las gracias.
Parecía desear mi amistad, y yo me mostraba indiferente.
Me sentía desamparado, infeliz, hambriento y en peligro, y El me ofrecía refugio, consuelo, apoyo y serenidad; pero yo seguía siendo ingrato.
Por fin se cruzó en mi camino y, con lágrimas en los ojos, me suplicó: ven y mora conmigo.
Te diré cómo me trata ahora:
Satisface todos mis deseos.
Me concede más de lo que me atrevo a pedir.
Se anticipa a mis necesidades.
Me ruega que le pida más.
Nunca me reprocha mis locuras pasadas.
Te diré ahora lo que pienso de El
Es tan bueno como grande.
Su amor es tan ardiente como verdadero.
Es tan pródigo en Sus promesas como fiel en cumplirlas.
Tan celoso de mi amor como merecedor de él.
Soy su deudor en todo, y me invita a que le llame amigo.

PRIMERA PARTE
CRISTO EN EL INTERIOR

DEL ALMA
1. LA AMISTAD DE CRISTO
(En general)

No es bueno que el hombre esté solo.
(Gen 2, 18)

Uno de los instintos humanos más destacados y misteriosos es el sentimiento de la amistad. Los filósofos materialistas suelen relacionar las más elevadas emociones —arte, religión, amor— con impulsos meramente animales, con los instintos de perpetuación y conservación de la especie. Y aun en esta sencilla cuestión —al clasificar las distintas relaciones entre hombres y hombres, mujeres y mujeres, y hombres y mujeres, bajo el título común de amistad— los filósofos materialistas yerran completamente. Cuando David dice a Jonatán: «Tu amor era para mí dulcísimo, más que el amor de las mujeres», no es una expresión del sexo; tampoco es un sentimiento nacido de intereses comunes, porque la amistad entre un sabio y un loco puede ser tan profunda como la de dos sabios o dos locos; ni es tampoco una relación basada en el intercambio de ideas, pues la amistad más íntima se expresa lo mismo con el silencio que en la conversación. «Ningún hombre es realmente mi amigo, dice Maeterlinck, hasta que no hemos aprendido a guardar silencio en nuestra mutua compañía».

Y este hecho presente en la amistad es tan importante como misterioso. Obedeciendo a las leyes de su propio desarrollo, hay en la amistad un matiz pasional distinto al de las relaciones habituales entre los sexos. Al ser independiente de los elementos físicos necesarios para el amor entre marido y mujer, en ciertos aspectos la amistad se sitúa misteriosamente en un plano más elevado. Es la sal del matrimonio perfecto, pero puede existir sin el sexo. No pretende ganar nada, ni producir nada... sino sacrificarse en todo. Aun cuando estén absolutamente ausentes los motivos sobrenaturales, en el plano natural puede reflejar —con mayor claridad que el amor conyugal sacramental— las características de la caridad divina. También en su ámbito «todo lo sufre... todo lo cree... todo lo espera... no busca su propio interés... no es jactanciosa».

Por otra parte, existen pocas experiencias humanas más sujetas a la decepción. La amistad defrauda al otro y se siente defraudada al comprobar que, después de todo, es humano. No hay amargura más amarga que la que siento si mi amigo me defrauda o si yo le defraudo a él. Y, aunque la amistad tiene unos visos de eternidad que parecen trascender los límites naturales, no existe otro sentimiento tan profundamente afectado por los avatares del tiempo. Hacemos amigos y los perdemos. Podría decirse que no podemos conservar esta capacidad de la amistad a menos que estemos haciendo amigos nuevos continuamente.

La amistad es, pues, una de las pasiones más importante que, al

alimentarse de lo terreno, se siente continuamente insatisfecha... que, al rojo vivo, nunca se consume..., una de las pasiones que hacen historia y, por lo tanto, siempre mira al futuro y no al pasado... una pasión que, quizá más que cualquier otra, apunta a la eternidad como fuente de satisfacción, y al amor divino como respuesta a las inquietudes humanas. Luego no hay más que una explicación para los deseos que provoca, aunque nunca los satisfaga; no hay más que una Amistad suprema a la que se orientan todas las amistades humanas; un Amigo ideal en quien hallamos, perfecto y completo, a Aquél cuya sombra y modelo buscamos en nuestros amores humanos.

Los católicos tienen el privilegio y la carga de saber mucho de Jesucristo. Privilegio, porque un conocimiento profundo de la persona, de los atributos y de las actuaciones del Dios hecho carne supone una sabiduría mucho mayor que la de todas las ciencias juntas. Conocer al Creador es incalculable- mente más valioso que conocer su creación. Pero también es una carga, porque el resplandor de este conocimiento puede impedirnos apreciar el valor de los detalles. El brillo de la divinidad puede ser tan poderoso que desoriente con respecto a la humanidad. La unidad del bosque se desvanece ante la perfección de los árboles.

Gracias a su conocimiento de los misterios de la fe, gracias a su completa percepción de Jesucristo como su Dios, su Sacerdote, su Víctima, su Profeta y su Rey, el católico —más que nadie— tiende a olvidar que las delicias del Señor son estar con los hijos de los hombres mejor que en el círculo de los serafines; que, mientras Su majestad ocupa el trono con Su Padre, Su amor le conduce a una peregrinación que transformaría a Sus siervos en amigos.

Hay almas piadosas que se quejan frecuentemente de su soledad en la tierra. Rezan, reciben los sacramentos, hacen todo lo posible por cumplir los preceptos cristianos y, aún así, se encuentran solas. Sería difícil hallar una prueba más evidente de que esto supone no comprender al menos uno de los grandes motivos de la Encarnación. Adoran a Cristo como Dios, se alimentan de El en la comunión, se lavan con Su preciosa Sangre y esperan el momento de encontrarle en el Juicio. Pero tienen escasa o nula experiencia de la íntima relación y la compañía que constituyen la amistad divina. Dicen que suspiran por tener a su lado a alguien que no sólo les evite el sufrimiento sino que sufra con ellos; alguien a quien manifestar en silencio los pensamientos que las palabras no pueden expresar. Y parecen no comprender que ese es el puesto que Jesús desea ocupar; que Su supremo anhelo es el de ser admitido, no en el trono del corazón o en el tribunal de la conciencia, sino en el rincón más oculto del alma, donde un hombre es más él mismo y donde, por lo tanto, se encuentra más profundamente solo.

El Evangelio rebosa de ejemplos de este deseo de Jesucristo: momentos

realmente formidables en los que Dios resplandeció de gloria en su humanidad, momentos en los que sus vestiduras irradiaban su divinidad; cuando los ojos ciegos se abrían a la luz creada por el Creador; cuando los oídos, sordos a las voces de la tierra, escuchaban la voz divina; cuando los muertos salían de sus tumbas para mirar al que les había dado —y después devuelto— la vida. Y hubo momentos grandiosos y tremendos en los que Dios se reunió con Dios en la soledad del huerto, en los que Dios, a través de Su desolada humanidad, gimíó: «¿Por qué me has desamparado?».

Pero sobre todo, el Evangelio nos habla de Su humanidad: una humanidad que clamaba por los suyos; una humanidad no sólo tentada, sino también centrada en las mismas cosas que nosotros: «Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro», «Jesús, mirándolo, lo amó». «Lo amó» con una emoción diferente a la del amor divino que ama todas las cosas que ha hecho. «Lo amó» como yo amo a mi amigo y como mi amigo me ama.

Es sobre todo en estos momentos cuando Jesús se nos hace cercano. Y nos atrae hacia El cuando se muestra como uno de nosotros; cuando es «elevado», no en la gloria de la divinidad triunfante, sino en la humillación de la humanidad vencida. Leemos sobre Sus hechos poderosos y caemos rendidos de temor y adoración; pero cuando lo vemos sentado junto al pozo, mientras sus amigos van en busca de comida, cuando hace un dolorido reproche a los que hubieran debido consolarle —« ¿Qué, no habéis podido velar conmigo una hora?»—, cuando por última vez se dirige al que le había perdido para siempre —«Amigo, ¿para qué has venido?»—, somos conscientes de que El desea más la ternura, el amor y la compasión —sentimientos a los que solamente tiene derecho la amistad— que toda la adoración de los ángeles de la gloria.

En varias ocasiones nos habla Jesús en la Escritura —y no sólo indirecta o veladamente, sino con afirmaciones concretas— de Su deseo de ser nuestro amigo. Nos describe la casa solitaria y a El mismo llamando a la puerta en mitad de la noche y solicitando alimento: «Si alguien me abre —¡cualquier hombre!— entraré y cenaré con él y él conmigo». En otra ocasión dice a aquellos que sufren por culpa de una aflicción repentina: «No os llamaré siervos, sino amigos». También promete su presencia continua: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos», «mirad, yo estoy con vosotros» y «lo que hicieréis a uno de vuestros hermanos a Mí me lo hacéis».

Si algo hay patente en los evangelios es esto:

Jesús desea en primer lugar y sobre todo, nuestra amistad. No reprocha al mundo que su Salvador viniera a buscar lo que estaba perdido y lo perdido se alejara aún más de El. Lo que le reprocha es que el Creador se acercara a Su criatura y ésta le rechazara: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron».

La vivencia de la amistad de Jesús es el auténtico secreto de los santos. La gente corriente puede vivir una vida corriente tratando de guardar los mandamientos, pero por cientos de motivos de segunda categoría. Confesamos los pecados para escapar del infierno; luchamos contra nuestros defectos para

conservar el respeto del mundo. Pero no hay nadie capaz de avanzar tres pasos por la vía de la santidad a menos que Jesús camine a su lado. Esto es, pues, lo que distingue el camino del santo, y le da también su carácter grotesco, porque, a los ojos de un mundo sin fe, ¿hay algo más grotesco que el arrebatado del que ama? El sentido común, al que se considera propio de la salud mental, jamás ha vuelto loco a un hombre. Sin embargo, el sentido común nunca ha movido montañas y mucho menos las ha arrojado al mar. Ha sido el gozo fascinante de la compañía consciente de Jesucristo lo que ha dado paso a los enamorados, a los gigantes de la historia. En su torpe visión, el mundo califica de anormal la amistad con Jesucristo y la pasión que despierta en quienes la viven, en tanto que la Iglesia la considera sobrenatural. «Este cura, exclamaba Santa Teresa en un momento de gran intimidad con su Señor, es la persona adecuada para ser uno de nuestros amigos».

Es importante recordar que esta amistad entre Cristo y el alma no es comparable en todos sus extremos a la amistad común entre los hombres. Ciertamente es una amistad entre su alma y las nuestras, pero su alma está unida a la divinidad. Una simple amistad *personal* con El no agota su capacidad. Es hombre, pero no meramente hombre: es el Hijo, más que el hijo del hombre. Es el Verbo eterno por el cual fueron hechas y se conservan todas las cosas...

Se nos acerca por incontables caminos; advertimos su presencia en situaciones muy diversas, pero no podemos descubrirle sólo en algunas de estas ocasiones ignorándole en otras.

No podemos aceptarle como caminante junto a nosotros en las luchas de cada día y no adorarle en el Santísimo Sacramento.

Nuestro corazón arde mientras nos habla en el camino, pero debe descubrirle también al partir el pan.

Si le sabemos presente en la Eucaristía, debemos reconocer igualmente su presencia en la Iglesia, su Cuerpo Místico.

Es propio de sus amigos reconocerle en la madre y en el hermano, pero también en quienes no le comprenden, y bajo la velada apariencia del pecador... Si sólo le descubrimos en quienes humanamente nos agradan, pasaremos la vida sin llegar a la intimidad que El quiere tener con nosotros.

Consideremos la amistad de Cristo a esta luz. Realmente no podemos vivir sin El porque El es la Vida. Es imposible llegar al Padre excepto a través de El, que es el Camino. Es inútil esforzarse por alcanzar la Verdad a menos que antes la poseamos. Incluso las más sagradas experiencias de la vida son estériles si la amistad de Cristo no las santifica. El amor más santo es oscuro si no arde en Su fuego. El afecto más puro —ese afecto que me une al amigo más querido— es falso y traicionero a menos que ame a mi amigo en Cristo... a menos que El, el amigo ideal y absoluto, sea el lazo personal que nos una.

2. LA INTIMIDAD CON CRISTO

No es bueno que el hombre esté solo.
(Gen 2, 18)

A primera vista nos parece inconcebible que pueda existir una auténtica amistad entre Cristo y el alma. Admitimos la adoración, la dependencia, la obediencia, el servicio e, incluso, la imitación: todas esas cosas son imaginables, pero no la amistad. Y por otra parte, cuando recordamos que Jesucristo asumió un alma humana como la nuestra, un alma capaz de alegrías y tristezas, abierta a las acometidas de la pasión y a las tentaciones, un alma que experimentó la angustia y el gozo, el sufrimiento de la oscuridad y la alegría de la luz; cuando a través de nuestra fe aceptamos todo esto, la posibilidad de entablar amistad —un hecho vital que conocemos por experiencia—, pero ahora con Cristo, nos parece incuestionable.

En el plano humano la amistad supone siempre la unión de las almas. Pues bien, lo mismo sucede en el caso del hombre con Cristo, cuya alma es el punto de unión entre Su Divinidad y nuestra humanidad. Recibimos Su Cuerpo en la boca, rendimos totalmente nuestro ser ante Su Divinidad, pero solamente a través de la amistad abrazamos Su Alma con la nuestra.

La amistad humana se inicia generalmente por algún detalle externo. Captamos una frase, percibimos una inflexión de voz, advertimos una forma de mirar o un modo de caminar. Y estas leves impresiones nos parecen el comienzo de un mundo nuevo. Consideramos estos detalles como la señal de todo un universo que se oculta tras ellos; creemos haber descubierto al alma que coincide exactamente con la nuestra, al temperamento que, por su semejanza o por su armoniosa diferencia, es perfectamente adecuado para ser el compañero del nuestro. Así comienza el proceso de la amistad: nos damos a conocer y conocemos al otro; encontramos, paso a paso, lo que habíamos esperado, y comprobamos lo que imaginábamos. Y el amigo, por su parte, sigue el mismo itinerario, hasta que llega el momento en que, por una crisis o tras un período de prueba, podemos descubrir que nos hemos equivocado, que hemos defraudado al otro o que el proceso ha seguido un curso diferente. Y como ocurre con el paso de las estaciones, ya no hay más frutos que esperar por ninguna de las dos partes.

Pues bien, la amistad divina suele comenzar del mismo modo. Puede surgir en el momento de recibir algún sacramento —un hecho repetido miles de veces—, al arrodillamos delante del nacimiento en Navidad o acompañando al Señor en un Vía Crucis. Hemos hecho esos gestos o hemos participado en esas ceremonias frecuentemente, unas veces con indiferencia y otras con fervor. De repente, un día surge en nosotros un sentimiento nuevo. Por primera vez

comprendemos que el Divino Niño que abre sus brazos en el pesebre, no sólo desea abrazar al mundo (¡tendría que ser tan pequeño!), sino a nuestra propia alma en particular. Contemplamos a Jesús, ensangrentado y exhausto, alzándose tras su tercera caída, y sentimos que nos pide ayuda para soportar su carga. La mirada de sus divinos ojos se cruza con la nuestra transmitiéndonos un sentimiento o un mensaje que nunca habíamos asociado a nuestras relaciones con El. Y fueron sólo unos detalles en apariencia insignificantes. Golpeó en nuestra puerta y le abrimos; nos llamó y le contestamos. De ahora en adelante, pensamos, El es nuestro y nosotros somos suyos; por fin hemos encontrado al amigo que buscábamos hace tanto tiempo; aquí está el alma que se compenetra perfectamente con la nuestra; la única personalidad que puede dominarnos. Jesucristo ha dado un salto de dos mil años y está a nuestro lado: se ha salido del fresco; se ha levantado del pesebre... «Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado».

Así se inició la amistad. Ahora comienza el proceso.

La clave de una perfecta amistad consiste en que los amigos se den a conocer mutuamente, dejando a un lado las reservas y mostrándose tal y como cada uno es.

La primera etapa, pues, de la amistad divina es la revelación del mismo Jesucristo. En nuestra vida espiritual, haya sido tibia o fervorosa, se ha dado un elemento predominante de inconsistencia. Es cierto que hemos sido dóciles, que nos hemos esforzado por evitar el pecado, que hemos recibido la gracia, la hemos perdido y la hemos recuperado, que hemos adquirido méritos o los hemos desperdiciado, que hemos intentado cumplir con nuestros deberes y procurado mejorar y amar. Todo ello es cierto delante de Dios, pero no ha calado en nuestro propio ser. ¿Hemos rezado? Sí, aunque escasamente. Hemos hecho meditación: nos planteamos un tema, reflexionamos sobre él, hacemos un propósito y terminamos, siempre con el reloj a la vista para no alargarla demasiado.

Pero después de aquella nueva y maravillosa experiencia todo cambia. Jesús empieza a mostrarnos no sólo las maravillas de su pasado, sino la gloria de su presencia. Comienza a vivir con nosotros, rompe el molde en el que le había metido nuestra imaginación: vive, se mueve, habla, actúa, toma un camino u otro, y todo ante nuestra mirada. Comienza a revelarnos los secretos que se ocultan en Su humanidad. Hemos oído hablar de sus obras desde que éramos niños, rezamos el Credo, conocemos el Evangelio... Y sin embargo, ahora pasamos del conocimiento de sus hechos al conocimiento de El. Empezamos a comprender que la Vida Eterna comienza en el momento presente, porque consiste en «conocer a Ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo Tu enviado». Nuestro Dios se ha convertido en nuestro Amigo.

Jesús, por su parte, nos pide lo mismo que nos ofrece. Se nos manifiesta abiertamente y exige que hagamos lo mismo. Como nuestro Dios, conoce cada fibra de los seres que ha creado, y como nuestro Salvador, cada circunstancia pasada en la que fuimos infieles a sus mandatos; pero como nuestro Amigo, espera que se lo contemos.

Podríamos decir que la diferencia entre el trato con un conocido y el que establecemos con un amigo radica en que, en el primer caso, tratamos de disimular para presentar una imagen agradable y atractiva; empleamos el lenguaje como un disfraz y la conversación como un camuflaje. En el segundo caso, dejamos a un lado los convencionalismos y las «presentaciones» e intentamos mostrarnos tal y como somos, abriéndole nuestro corazón.

Esto es, pues, lo que la amistad divina requiere de nosotros. Hasta ahora el Señor se ha contentado con muy poco. Ha aceptado el diezmo de nuestro dinero, una hora de nuestro tiempo, unos cuantos pensamientos y algunos sentimientos demostrados en ceremonias religiosas y de culto. El ha aceptado todo lo que le hemos dado, en lugar de darnos nosotros mismos. A partir de ahora nos pide que acabemos con todo eso, que nos abramos a El completa y rendidamente, que nos mostremos tal y como somos en una palabra, que dejemos a un lado esos ingenuo cumplidos y seamos profundamente auténticos.

Cuando un alma cree sentirse desilusionada o defraudada de la amistad divina no suele ser porque haya traicionado u ofendido a su Señor, o porque no haya estado a la altura de las circunstancias en otros aspectos, sino porque nunca le ha tratado como a un amigo, ni ha sido lo bastante valiente como para cumplir la condición imprescindible en una auténtica amistad: la total sinceridad con El. Es menos ofensivo decir rotundamente «No puedo hacer lo que me pides porque soy cobarde», que esgrimir unas razones excelentes para no hacerlo.

En pocas palabras, este debe ser el camino de la amistad divina. En adelante iremos estudiando con detalle algunos aspectos que la caracterizan. Nos debe alentar el pensamiento de que vamos a emprender un camino que han recorrido ya muchas almas antes que nosotros. Con todo, la historia de nuestra amistad con Jesucristo será algo que rompe todos los esquemas preconcebidos, una experiencia irrepetible.

Hay momentos de fascinante felicidad —en la comunión o en la oración—, momentos que se nos antojan experiencias imborrables en la vida, y ciertamente lo son; momentos en los que todo el ser se siente invadido e inundado por el amor: cuando el Sagrado Corazón no es ya un mero objeto de adoración sino algo vibrante que late en nosotros; cuando nos rodean los brazos del esposo y nos besa en los labios...

Hay también momentos de tranquilidad y placidez, de un cariño sereno y profundo al mismo tiempo, de un afecto y un entendimiento mutuo que satisfacen todos los anhelos de nuestra mente y de nuestro corazón.

Pero hay también períodos —meses o años— de miseria y aridez, en los que nos parece necesario tener paciencia con nuestro divino Amigo; ocasiones en las que creemos sentir su desdén o frialdad. Y habrá realmente momentos en los que tendremos que recurrir a toda nuestra lealtad para no abandonarle decepcionados. Habrá incompreensión, sombras, tinieblas...

Después, con el transcurso del tiempo y según vayamos superando la crisis, volveremos a confirmar la convicción que nos unió a nuestro Amigo. Porque realmente la suya es la única amistad en la que no cabe decepción posible, y El, el único amigo que no puede fallar. Es la única amistad en la que nuestra humildad y nuestra entrega nunca serán suficientes, nuestras confidencias nunca demasiado íntimas, ni nuestros sacrificios lo bastante grandes. Este Amigo y su amistad justifican plenamente las palabras de uno de sus íntimos: «...porque todo lo considero basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas por ganar a Cristo».

III. LA VÍA PURGATIVA

Límpame de todas mis iniquidades.
(Salmo 50, 4)

La etapa inicial de la amistad con Jesucristo suele ir acompañada de una extraordinaria felicidad. El alma ha encontrado, por primera vez, un compañero cuya comprensión es perfecta y cuya presencia es continua, aunque no siempre sea evidente. Mientras se ocupa de sus obligaciones concediendo a cada detalle la atención habitual, no olvida el hecho de que El está en su interior. Y está, como la luz del sol o como el aire, iluminando, refrescando e inspirando al alma. Ella dirige a Jesús de vez en cuando unas palabras y en otras ocasiones percibe que es Jesús quien le habla en su corazón. El alma intenta verlo todo con los ojos de Jesucristo. Las cosas bellas lo son aún más a causa de Su belleza; las cosas tristes son menos dolorosas gracias a Su consuelo. Nada es indiferente porque Él está ahí. Incluso cuando duerme, su corazón vela junto a Jesús.

Esta es solamente la fase inicial del proceso, una fase grata por su novedad. Sin embargo, no es más que el principio: ante el alma se abre un camino que termina en la visión beatífica. Y, hasta llegar al final, ha de recorrer aún numerosas etapas.

Y es que, este grado de amistad así entablada no es más que el

comienzo. Cristo desea que se afirme lo antes posible, pero no basta solamente su deseo. Antes debe purificar al alma, formarla y pulirla perfectamente, de modo que se una a El por la gracia. El alma debe recorrer la vía purgativa y la iluminativa para que, desprendida de sí misma y embellecida por los favores divinos, esté dispuesta para la unión con Dios. Los autores espirituales llaman así a estas dos etapas que estudiaremos a continuación.

Al principio, como hemos dicho, el alma disfruta extraordinariamente con lo meramente externo, que considera santificado por la presencia de Cristo. Por ejemplo, la organización humana de la Iglesia, sus métodos, las funciones litúrgicas, la música y el arte religiosos, todo tiene para ella un sentido celestial y divino.

Con extraordinaria frecuencia, la primera señal de que ha empezado a recorrer la vía purgativa consiste en la sensación que experimenta el alma de lo que el mundo llama *desilusión*. Y esta sensación tiene causas muy distintas.

Por ejemplo, el alma se encuentra frente a unos hechos desconcertantes: un sacerdote indigno, una congregación desunida, escándalos en la vida cristiana, etc., justamente en los ámbitos en los que Jesucristo debería ser el modelo supremo. Pensaba que la Iglesia era perfecta por ser la Iglesia de Cristo, o el sacerdocio immaculado por pertenecer al orden de Melquisedec... Y para su decepción, se encuentra con la vertiente humana indefectiblemente asociada a las cosas divinas en la tierra.

La novedad empieza a disiparse, y ahora el alma siente que las cosas que creía más directamente relacionadas con su nuevo amigo son ajenas, temporales y transitorias en sí mismas. Su amor por Cristo era tan grande como para hacer brillar todas aquellas cosas externas que ambos compartían; ahora, ese brillo empieza a apagarse y las ve mucho más terrenales. Y cuanto más intenso fue su amor imaginativo, más intensa es su decepción actual.

Esta es, pues, la primera etapa de la vía purgativa; el alma siente desilusión ante las cosas humanas y considera que los cristianos deberían ser —y después de todo no son— otros Cristos.

El primer peligro se presenta inmediatamente: no hay procedimiento de limpieza que no implique cierto poder destructor. Y si el alma es un poco superficial, perderá la amistad con Cristo (la que tenía) además de las atenciones y regalos con los que Ella obsequiaba y complacía. En el mundo hay almas débiles que fallan en esta prueba, que confunden un enamoramiento humano con el Amor esencial, y en cuanto Cristo se despoja de sus adornos, se separan de El. Pero si son almas más firmes, habrán aprendido la primera lección: que la divinidad no radica en las cosas materiales y que el amor de Cristo es algo mucho más profundo que los mismos regalos que El hace a sus nuevos amigos.

La segunda etapa de la vía purgativa podría llamarse, en cierto modo, la desilusión de las cosas divinas. El alma cree que le ha fallado el aspecto terrenal devolviéndola a la realidad, y luego empieza a pensar que también le ha fallado la vertiente divina.

Faber describe brillantemente una faceta de esta desilusión: la «monotonía de la piedad». Llega un momento, antes o después, en el que empiezan a perder interés y sentido los aspectos externos de la religión —la música, el arte, la liturgia— o los aspectos externos de la vida —la compañía de los amigos, la conversación, las relaciones laborales—, que al comienzo de la amistad divina parecían brillar con el amor de Cristo. Por ejemplo, la práctica habitual de la oración resulta aburrida, la emoción de la meditación —tan apreciada al comienzo, cuando cada meditación era una mirada a los ojos de Jesús— empieza a desvanecerse. Los sacramentos resultan rutinarios y monótonos, y parecen no cumplir sus promesas. Las cosas que ella consideraba como ayuda pasan a ser cargas adicionales.

Entonces, el alma pone su corazón en algún don, favor o virtud concreta que su Amigo debe concederle. Reza, sufre, insiste, suplica... y no hay respuesta. Las tentaciones son las mismas, comprueba que su naturaleza humana no ha cambiado. Pensaba que su reciente amistad con Cristo y su relación con Él renovarían todo lo viejo de su alma, pero su alma es la misma de siempre. Casi parece que Cristo la ha engañado con promesas que no puede o no quiere cumplir. Incluso en aquellos aspectos en los que más confiaba, en los ámbitos en los que todo dependía de Él, Cristo no parece ser distinto del que era antes de que se conocieran con tanta intimidad.

Esta etapa es infinitamente más peligrosa que la precedente pues, si es relativamente fácil distinguir entre Cristo y la música sacra, por ejemplo, no lo es tanto diferenciar entre Cristo y la gracia, o entre Cristo y nuestro concepto personal de lo que la gracia debería ser y obrar.

En primer lugar, existe el riesgo de que el alma se dé totalmente por vencida durante un período largo de desaliento, que reproche la falta de respuesta a su silencioso amigo: «Confiaba en ti, creía en ti, pensé que por fin había encontrado el amor. Y ahora tú, como todos los demás, me has fallado». En medio del resentimiento y la decepción, un alma en estas circunstancias puede pensar en pasarse a otra religión —alguna moda que prometa resultados rápidos y palpables en el terreno espiritual— o vuelve al estado en que se encontraba antes de conocer a Cristo. Sin embargo, hay que advertir que el alma que ha conocido a Cristo una vez ya no puede ser nunca igual a la que no le ha llegado a conocer.

También puede caer en un estado mucho más peligroso y perverso que los anteriores, el de un cristiano cínico y desilusionado: «Sí, también yo, dice, fui

una vez como tú. En mi entusiasmo juvenil creí también haber desvelado el secreto... Pero también tu serás práctico algún día, comprenderás que el enamoramiento no es real y te volverás tan vulgar como yo... Sí, es todo muy misterioso. Quizás, lo único que merece la pena es la experiencia».

Sin embargo, si todo va bien; si el alma es lo bastante generosa para ser fiel a lo que solamente parece un recuerdo; si confía en que un comienzo tan apasionante de la amistad con Cristo no puede aboca con el transcurso del tiempo en la esterilidad, el cinismo o la desolación; si, en su sinceridad, llega incluso a gritar que prefiere postrarse eternamente ante el sepulcro de Jesús que volver a su vida anterior entonces, aprenderá la lección: Jesús se hará presente de nuevo y le mostrará que no se había ido, y que todo eso que atraía al alma, en último término, no es El.

En la vía purgativa aparece una tercera etapa. El alma ya ha comprendido que ni las cosas externas ni las internas son Cristo. Hasta llegar al original, ha pasado por sentirse desilusionada, primero del marco del cuadro, y luego del cuadro mismo. Ahora debe aprender la última lección y sentirse desilusionada de sí misma.

Hasta este momento mantenía la idea, vaga y humilde por otra parte, de que algo en ella o de ella atraía a Cristo. Después sintió la tentación de creer que Cristo le fallaba. Ahora debe comprender que, a pesar de su amor infantil, ha sido ella la que ha fallado a Cristo desde el principio. Y este es, definitivamente, el auténtico sentido de la purificación: el alma se ve despojada de adornos y ropajes y ahora debe desprenderse de sí misma para llegar a ser la clase de discípulo que Jesucristo desea.

En esta tercera etapa empieza, pues, a percibir su ignorancia y su pecado, y a descubrir su asombroso egocentrismo y su autocomplacencia. Hasta ese momento el alma se creía dueña de Cristo, había hecho de El su amante y su amigo, se aferraba a El y le quería para sí. De ahí proceden sus errores primeros. Ahora debe aprender a renunciar, no sólo a todo lo que no es Cristo, sino *al mismo Cristo*, ceder su férrea posesión para contentarse con que sea El quien la posea y la guarde. Mientras en ella quede la más leve sombra de sí misma, tratará de que la amistad sea mutua y procurará dar, por lo menos, una fracción de lo que recibe. Ahora ha de afrontar el hecho de que Cristo debe *ponerlo* todo; de que, sin El, nada puede, y de que no tiene más fuerza que la que El le da. El alma empieza a comprender que se ha equivocado desde el principio hasta el fin, no porque haya dejado de hacer esto o aquello, ni porque se haya aferrado a esto o a aquello..., sino simplemente porque sólo ha pensado en poseer y no en ser poseída, y porque *ha seguido siendo ella misma* y no lo ha abandonado todo en Cristo. *Por primera vez ve que, fuera de Cristo,*

no hay en ella nada bueno: El debe serlo todo y ella nada.

Cuando un alma llega a este punto, difícilmente caerá por orgullo. El pleno conocimiento que ha adquirido sobre sí misma resulta ser una cura eficaz de su autocomplacencia: ha visto con toda claridad su absoluta falta de valía. Ahora se enfrenta con otros peligros, entre ellos el de la soberbia oculta el disfraz de una peculiar humildad: «Ya que valgo nada, siento la tentación de pensar, haría mejor en renunciar a mi loca aspiración a la amistad de Cristo. Abandono definitivamente esos sueños de perfección y la esperanza de una auténtica unión con el Señor. Me pondré otra vez al nivel de gente corriente, y me contentaré con mantenerme en él. Ocuparé de nuevo mi puesto habitual en el camino y no volveré a buscar una intimidad con que, evidentemente, no merezco».

El conocimiento propio puede tomar la forma de desaliento y ser una carga que afecta, incluso, a las facultades mentales «He perdido», dama un alma que, aunque negándolo, todavía se aferra a la esencia del orgullo. «He perdido la amistad de Cristo para siempre. Yo, que gusté ese regalo celestial, es imposible que pueda recuperarlo con el arrepentimiento. El me eligió y yo le fallé. Me amó, y yo sólo me amé a mí misma. Desde ahora me retiraré de su presencia... Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador».

Pues bien: el alma que se siente así, que llega al convencimiento de su nada, de su absoluta incapacidad para seguir a Cristo, pero se abandona en sus manos, ha alcanzado el punto exacto al que conducían las etapas anteriores. En este preciso instante, esa alma amante, tras aprender la última lección de la vía purgativa, está preparada para «lanzarse al mar» y llegar a Jesús. Y si ha aprendido bien esa lección, lo hará, consciente de su nada y de que Cristo lo es todo. Ya no habrá orgullo que pueda apartarla de El porque, por fin, su orgullo no está herido, sino muerto...

La vía de la espiritualidad está cubierta de restos de almas que podrían haber sido amigas de Cristo. Una falló porque El se desprendió de sus adornos; otra, porque pensaba que Sus dones eran lo mismo que El; a una tercera le atormentaba aún el orgullo herido, pues le mostraba su vergüenza en lugar de la gloria de Cristo. Los autores espirituales conocen bien estos procesos y los han tratado desde diferentes puntos de vista. Pero el resultado es siempre el mismo: Cristo purifica a sus amigos de todo lo que no es El, para que sean plenamente suyos. Y es que no hay alma capaz de comprender la fuerza ni el amor de Dios hasta que no se abandonado completamente en El.

4. LA VIA ILUMINATIVA

Pues tú haces lucir mi lámpara, ¡oh Yahvé!, tú, mi Dios,
que iluminas mis tinieblas.
(Salmo 17, 29)

Hemos visto que a lo largo de la vía purgativa, Jesucristo, en su deseo de unirse estrechamente al alma, va despojándola de todo lo que puede entorpecer dicha unión. Y que el alma, consciente de su propia insignificancia, termina por abandonarse del todo en Jesucristo.

A lo largo de su camino, el alma deberá ir enriqueciéndose con las gracias que Cristo desee concederle. Ha abandonado al «hombre viejo» y ahora tiene que revestirse del «nuevo». Los autores espirituales llaman a esta etapa *vía iluminativa*. Conviene estudiarla siguiendo el itinerario de la vía purgativa y apoyándose en ejemplos característicos de los efectos de la gracia, como los que han ilustrado el capítulo anterior.

Como hemos visto, la primera fase de la vía purgativa está muy condicionada por los elementos externos y sensibles de la religión. El alma va siendo pulida y refinada para que aprenda a ponderar el escaso valor de tales hechos, así como de las emociones que despiertan. En la vía purgativa el alma aprende que las cosas externas no tienen sentido en sí mismas y que carecen de valor. Sin embargo, por paradójico que parezca, en la vía iluminativa el alma aprende a usarlas rectamente... pues son sumamente valiosas.

Por ejemplo: una persona se queja con frecuencia de que ciertos inconvenientes que encuentra a diario obstaculizan sus progresos: los defectos del prójimo y los roces de la convivencia que a veces llegan a parecerle insostenibles; alguna tenaz tentación de la que considera imposible escapar; el atractivo que siguen teniendo para el alma las cosas de este mundo, y, en general, el hecho de experimentar que en todo encuentra trabas y resistencias, y que las contrariedades y tribulaciones de la vida dificultan su relación con Jesucristo y la hacen sentirse mutilada y con las alas cortadas en su empeño por llegar a Dios.

En la primera fase de la vía iluminativa, nuestro Señor suele conceder al alma la luz necesaria para darse cuenta del valor de todo eso. Es el contraste que le permitirá advertir la flojedad de sus virtudes y le dará ocasión de practicarlas y robustecerlas. Su natural impaciencia con los inoportunos le hará ver que debe ejercitarse en la paciencia y en esa forma delicada de la caridad que se llama comprensión.

Lo mismo ocurre con las tentaciones: las vencerá en la medida en que acuda a su Señor en petición de gracias; no hay otro medio para que el alma aprenda a confiar en Dios.

Por último, esas contrariedades, tribulaciones y ores la llevarán a buscar al amigo que nunca traiciona y a descansar sólo en Él.

La primera fase de la vía iluminativa consiste no en experimentar todo eso —pues la tentación y sufrimiento es algo ordinario en cualquier etapa la vida

espiritual—, sino en descubrir el valor tiene en nuestro camino hacia Dios. Al comprender su sentido, el alma se inclinará a aceptar plenamente esa situación y a considerarla una manifestación de la voluntad divina. Ocasionalmente, puede rebelarse, pero rectificará con la gracia de Dios. Puede que no entienda en toda su hondura el misterio del dolor, pero responderá a esas inquietudes del único modo posible: aceptándolo y asumiéndolo. Entonces descubrirá su sentido, un sentido del que ya no podrá dudar.

En la segunda fase de la vía iluminativa, Dios concede al alma una luz relacionada con las cosas espirituales y sobre todo con las verdades de la fe.

Veamos el caso siguiente: un alma en la etapa inicial se adhiere a las verdades de la fe aunque carezca de experiencias interiores sobre esas verdades. Se adhiere y vive de ellas simplemente porque proceden de la autoridad divina. Ha recibido el don de la fe como el Señor nos dice que hemos de recibirlo: «como niños»; se aferra al tesoro de sus creencias, camina bajo su luz, y moriría antes que separarse de él. En definitiva, se salva y se santifica gracias a esa fe tan sencilla. Sin embargo, nunca ha pensado en abrir el cofre y, si lo hace, todo o casi todo es oscuridad en el interior.

Un alma así gana indulgencias cuando cumple las condiciones necesarias, e incluso es capaz de dar una explicación ortodoxa de lo que son las indulgencias. Pero el sentido espiritual está tan lejos de su alcance como las joyas en el interior de una caja fuerte. Lo mismo ocurre si se trata de la doctrina del castigo eterno, las prerrogativas de María o la presencia real. Esa alma se adhiere a todas esas verdades y vive de sus efectos y sus consecuencias, mas no percibe los chispazos de luz que desprenden. Se mueve exclusivamente por la fe y no necesita comprobaciones. Se apoya en los dogmas, pero es incapaz de compararlos con los hechos naturales o de ver los numerosos aspectos en los que concuerdan con sus experiencias personales.

Pero cuando se produce la «iluminación» tiene lugar un cambio prodigioso. No es que los misterios dejen de serlo, ni que la persona llegue a expresarlos exhaustivamente en el lenguaje humano —ya que esas verdades no son alcanzables por la fuerza natural de la razón humana—, sino que esas joyas que hasta entonces parecían opacas y descoloridas, iluminadas por la luz de Dios, resplandecen con un nuevo brillo espiritual. El alma empieza a palpar lo que hasta entonces solamente había adivinado. Por medio de algún inexplicable proceso descubre que las cosas son *verdaderas para ella y también en sí mismas*; el camino que recorría segura, aunque en medio de la oscuridad, se hace ahora evidente; si sigue siendo fiel a su Señor, disfrutará del regalo divino de esa clarividente intuición propia de los santos.

La tercera fase de la vía iluminativa se refiere a las relaciones de amistad entre Cristo y el alma. Vimos que la última etapa de la vía purgativa era la del abandono en los brazos de Cristo: una actitud que solamente es posible cuando el alma ya no confía en sí misma. En la etapa equivalente de la vía iluminativa, el alma recibe un aumento de luz gracias a la presencia constante de Cristo en ella, o dicho más exactamente, a la presencia constante del alma en Cristo.

En este punto, la amistad divina se convierte ya en el objeto del conocimiento y de la contemplación. De ahora en adelante el alma no sólo disfrutará de esa amistad, sino que, en cierto modo, la percibirá y la comprenderá. Esto no es otra cosa que la *contemplación ordinaria*.

Los *fenómenos extraordinarios*, con sus manifestaciones y gracias sobrenaturales y milagrosas, son favores que Dios concede *motu proprio*. Pedirlos es prácticamente una presunción. No es pues, el tema que nos ocupa. Sin embargo, el estado de contemplación ordinaria, que algunos llaman también simplificación de la oración, no solo se debe pedir, sino que cualquier cristiano fervoroso y sincero tendría que aspirar a ella, ya que, con ayuda de las gracias ordinarias, puede alcanzarla perfectamente.

Este tipo de contemplación consiste en que, de un modo u otro, Dios está siempre presente en nuestros pensamientos. Se dice que, en esta etapa, un alma recién iniciada en la amistad de Cristo goza con enorme —aunque irregular— intensidad. Toda la vida cambia; todas las relaciones se alteran; Cristo empieza a ser, ciertamente, la luz que irradia cada objeto de atención del alma, y todas las cosas se ven a través de Él. El fundamento de esta etapa es, pues, la contemplación ordinaria, basada tanto en el esfuerzo como en la gracia. Mientras el alma no esté purificada e iluminada posteriormente con respecto a las cosas exteriores e interiores, la presencia de Cristo no puede ser continua. Pero cuando ha terminado el proceso, cuando Cristo ha instruido a su nuevo amigo en los deberes y frutos de la compañía divina, la contemplación ordinaria es, por así decirlo, la respuesta que Él espera. En este estado el pecado es subjetivamente mucho más grave: los pecados «materiales» pasan fácilmente a ser «formales». Pero, por otra parte, la virtud se hace más fácil, puesto que a cualquier alma le resulta difícil pecar gravemente mientras siente la presión de las manos de Cristo en las suyas.

Por supuesto, como todo avanza en la vida espiritual, la contemplación ordinaria tiene sus correspondientes riesgos, ya que cada peldaño que nos acerca a Dios aumenta la profundidad del abismo en el que podemos caer. El alma que ha alcanzado ese estado (que es, de hecho, el punto en que comienza a gustar la unión) tiene un enorme aumento de responsabilidad. El peligro supremo es el *amor proprio*. El alma que ha vencido tantas veces la soberbia

habitual puede caer en la soberbia espiritual, y con ella, en todas las formas refinadas de orgullo, tan frecuentes en la vida interior.

Es posible que aparezca una extraordinaria intoxicación que lleve al alma a exclamar con absoluta convicción: «Tú enciendes mi lámpara, ¡oh Señor!». Esta actitud llegaría a desembocar en orgullo si no continuara diciendo: «¡Oh Dios mío, ilumina mi oscuridad!». Las herejías y las sectas que más han dañado la unidad del Cuerpo místico proceden siempre de algún amigo predilecto de Jesús.

Prácticamente todos los grandes herejes han gozado una intensa vida interior pues, en caso contrario, habrían podido atraer al error a tantos ingenuos amigos de Cristo. Para que las luces interiores no deriven en divisiones y destrucción es imprescindible que, junto al crecimiento en vida interior, hay también un crecimiento en la devoción y la docilidad a la voz exterior con la que Cristo nos habla en Iglesia. Y es que no hay nada tan difícil como llegar a distinguir entre las inspiraciones del Espíritu Santo y las aspiraciones o imaginaciones de mismo.

Para los no católicos es casi imposible evitar la dependencia de las experiencias interiores, una característica propia del protestantismo y que, de hecho disemina sus energías, pues los protestantes siguen convencidos de la inexistencia de esa voz exterior del Magisterio con la que poder contrastar sus experiencias. También puede ocurrir (y algunos casos se han visto en nuestros días) que católicos inteligentes y formados sufran de esa enfermedad del esoterismo, e imaginen que la voz interior puede apagar la exterior. Y se consideran más capaces de interpretar a la Iglesia que la Iglesia misma. *¡Vae soli!* ¡Ay de los que están solos! ¡Ay del que, habiendo sido honrado con la amistad de Cristo y su consiguiente luz, cree que está en posesión de la infalibilidad que niega al vicario de Cristo!

Así pues, cuanto mayor es el grado de vida interior del alma, cuantas más luces de Dios recibe, mayor ha de ser la fuerza de la mano de Cristo y mayor ha de ser la convicción de nuestra dependencia.

Nosotros, los que pertenecemos al círculo de sus íntimos, estamos obligados a recordar a todos aquellos que comparten esa intimidad de Jesús y han encontrado la puerta del huerto interior por el que se pasea con los suyos, que son muchos los Judas que figuran a lo largo de la historia.

SEGUNDA PARTE: CRISTO EN EL EXTERIOR

5. CRISTO EN LA EUCARISTÍA

Yo soy el pan de vida.
(Jn 6, 35)

Hasta este momento nos hemos ocupado de la amistad con Cristo Una amistad que, recordemos, no se limita únicamente a los católicos, sino a todos que conocen el nombre de Jesús y, en cierto sentido, a todo ser humano Y es que nuestro Señor es «la luz que alumbra a todo hombre»; es su voz la que nos habla a través de la conciencia, por muy oscurecida que este por el pecado, suya es la imagen ideal que se dibuja en la penumbra de los corazones que lo ansían. Marco Aurelio, Gautama, Confucio, Mahoma y todos sus discípulos, a pesar de no haber nunca el nombre de Jesús, o de haberlo rechazado sin culpa, le buscaban sin saberlo. Decir lo

contrario sería terrible, ya que no podríamos afirmar que nuestro Salvador es, en su auténtico sentido, el Salvador del mundo. También se encarnó y sufrió muerte de cruz por los que, sin conocerle, pecan contra su conciencia. Los que conociendo por razón natural lo que está bien y lo que está mal, hacen el mal.

Cristo, cuya Encarnación conocen los católicos y cuya vida nos relatan los Evangelios, ha vivido siempre en el corazón del hombre. Se cuenta que, tras oír un sermón sobre la vida de Jesús, un anciano hindú solicitó recibir el bautismo. «Pero, ¿cómo puedes pedirlo tan rápidamente?», preguntó el predicador. «¿Has oído antes de ahora el nombre de Jesús?». «No, replicó el anciano, pero lo conozco y he estado buscándolo durante toda mi vida».

Pasemos ahora a considerar un camino nuevo por el que Jesús se nos acerca buscando nuestra amistad; un camino nuevo y, por supuesto, unos nuevos dones con los que nos atrae hacia El. No nos basta conocerle solamente en nuestro interior, no es suficiente decir: «interiormente es mi amigo y no necesito nada más». No es una auténtica amistad la que considera inútiles a la Iglesia o a los sacramentos sin preguntarse primero quién los ha instituido para acercarse a los hombres. Y debemos recordar especialmente que, al recibir el Santísimo Sacramento, nos concede Cristo ciertas gracias a las que no podríamos aspirar de otro modo. El se nos acerca y se une a nosotros no sólo con su divinidad, sino con la misma amable y adorable humanidad que asumió al venir a este mundo.

Lo primero que percibimos en nuestra relación con Jesús Sacramentado es la viva impresión que produce el esplendor de la liturgia cuando el sacerdote bendice con la custodia al pueblo, o la solemnidad inusitada que reviste la procesión del Corpus Christi en tantos pueblos y ciudades, la honda devoción que se manifiesta en la fe de los creyentes, adoradores mudos de la majestad divina. Toda la riqueza del culto eucarístico es la pobre, pero amorosa, respuesta del hombre a la locura de amor de s que se anonada para quedarse con nosotros hecho pan. La solemnidad de ese culto contrasta violentamente con algo que sucedió hace veinte siglos cuando el Dios-Hombre dijo ante un trozo de en una modesta habitación: «Esto es mi cuerpo».

Aquí reflexionaremos sobre la portentosa manera Cristo llega a nosotros a través de la materia peste mundo, perceptible por nuestros sentidos, ofreciendo su amistad de un modo inequívoco a los que se le acercan con sencillez.

En éste, como en otros muchos aspectos, la vida eucarística de Jesús presenta un maravilloso paralelismo con su vida en la tierra. El, que era toda la sabiduría y todo el poder, «crecía en edad y sabiduría», es decir, manifestaba gradualmente las características de la divinidad —vida y sabiduría— inherentemente unidas, desde siempre, a su persona; y así, el que trabajaba en el taller de carpintero era Dios desde el principio. Pues bien, la vida eucarística sigue el mismo proceso: la doctrina del sacramento ha ido enriqueciendo su exposición y desarrollando gradualmente lo que siempre había sido.

Jesucristo, pues, mora hoy en nuestros sagrarios realmente como vivió en Nazareth con su naturaleza humana. Y lo hace generosamente, con el fin mostrarse accesible a todos los que, conociéndole interiormente, desean hacerlo con mayor intensidad aún.

Esta presencia de Jesús es la que crea la asombrosa diferencia —confesada incluso por los no católicos— entre el ambiente de nuestras iglesias y el de otros templos. Es tan patente esta diferencia que para explicarla se han barajado miles de teorías: «Es la sugestión del punto de luz que brilla junto al sagrario». «Es la extraordinaria pericia con la que están proyectadas las iglesias». «Es el aroma del incienso». Y es todo y es nada, excepto lo que los católicos sabemos: ¡la Presencia real del más hermoso de los hijos de los hombres atrayendo a sus hermanos hacia El!

Ante esta presencia extraordinaria la novia de ayer le ofrece la nueva vida que hoy se abre ante ella; el que va a morir mañana, su vida pasada; y lo mismo el desdichado y el feliz, el filósofo y el necio, el viejo y el niño..., personas de distinto temperamento, de distinta cultura, de distinta nacionalidad, todas unidas en lo único que puede unirlas: la intimidad con el amor de sus corazones. ¿Hay algo más característico del Jesús de los Evangelios que esa accesibilidad que le hace esperar a todo el que desee acercarse; esa ternura indiscriminada, o el hecho de no rechazar a nadie? ¿Y hay algo más característico de ese Cristo que su deseo de que le reconozcamos no sólo en nuestro interior, sino fuera de nosotros mismos, no sólo en la intimidad de las conciencias, sino también en el espacio y en tiempo?

De este modo, pues, cumple el requisito esencial de la auténtica amistad, que es la humildad, y se entrega a merced de un mundo que desea hacer suyo, y se ofrece bajo un aspecto aún más pobre que el de los días de su vida mortal. Pero, por medio de la doctrina de su Iglesia, por las ceremonias en las que se nos presenta, y por el reconocimiento de sus amigos indica a quienes siempre le aceptaron y le amaron que quien está ahí es El, el deseo de todas las naciones y el amante de todas las almas.

Sin embargo, Jesús no entra en el tabernáculo directamente. A la llamada de sus sacerdotes se hace antes presente en el altar bajo la forma de víctima. Durante el sacrificio de la Misa se presenta ante el Padre Eterno y ante el mundo con el mismo propósito que cuando pendía de la Cruz, es decir, realiza mismo gesto que llevó a cabo una vez en el Calvario, el mismo gesto con el que manifestaba el deseo ardiente de aquella amistad en cuyo nombre llamaba a nuestros corazones, la culminación del amor más grande: el que «lleva a dar la vida por los amigos».

Esta es, por supuesto, una concepción impensable para quienes saben muy poco o nada sobre el Jesús vivo, aquellos que solamente conocen de El (como lo admiten abiertamente) lo que figura en las portadas de los libros. Para tales personas el sacrificio se cierra del mismo modo que se cierra un libro del que se queda únicamente el recuerdo. Incluso para quienes saben algo más de Jesús, los que son conscientes de que vive una auténtica vida en el interior de los corazones —es decir, personas de una sincera espiritualidad—, la doctrina católica del sacrificio de la Misa les parece disminuir la perfección del sacrificio del Calvario. Sin embargo, para el católico que disfruta de la amistad de Cristo, del conocimiento del Jesús de «ayer, hoy y siempre», este sacrificio continúa renovándose inevitablemente. En este sentido Cristo sigue siendo el mismo que fue en el Calvario: la Víctima eterna en cada altar, sólo a través de la cual «podemos llegar al Padre».

En el tabernáculo, pues, Cristo se nos ofrece como un amigo: el altar nos lo presenta realizando el acto eterno por medio del cual su Humanidad ganó el derecho a pedir nuestra amistad.

Y ahora nos encontramos ante la última etapa de su humillación, una etapa en la cual nuestro Amigo y nuestra Víctima se convierte en nuestro alimento. Es tan grande su amor por nosotros que no le basta hacerse el objeto de nuestra adoración, no le basta cargar con nuestros pecados ni le basta, sobre todo, morar en el interior de nuestras almas en una intimidad solamente perceptible bajo la luz espiritual. No; en la comunión desciende el peldaño de lo sensible al que frecuentemente tratamos de acceder en vano; mientras nosotros «estamos muy lejos» corre a nuestro encuentro. Y allí, dejando a un lado esos pobres signos de realeza con los que pretendemos honrarle, dejando los ornamentos y las flores y las luces, no sólo se une a nosotros alma con alma en la intimidad de la oración, sino cuerpo con cuerpo en la forma sensible de su vida sacramental.

Esta es, pues, la prueba más grande y definitiva que Jesús pudo darnos. Y lo hizo. El que se sentaba a comer con los pecadores se les da como alimento. Aquel a cuya mesa deseáramos acercarnos como sirvientes se

dispone a servirnos. El que vive en lo más profundo de nuestro corazón, el que se encarnó a la vista de los hombres, repite el acto supremo de amor y, bajo las apariencias sensibles, se ofrece a ojos que ansían verlo. Si la humildad es imprescindible para la amistad, El es el Amigo por excelencia. Y los que no «le reconocen al partir el pan» no pueden percibir ni un ápice de sus perfecciones. Si su naturaleza humana viviera únicamente en el cielo, a la derecha de la majestad del Altísimo, no sería el Cristo de los Evangelios. Si su naturaleza divina viviera únicamente en el corazón de los que reciben, no sería el Cristo de Cafarnaún y Jerusalén.

Él, el creador del mundo; el que una vez asumió forma de la criatura; el que morando en una luz inaccesible descendió a nuestra más profunda oscuridad, El es nuestro Dios; un Dios que deseaba tan apasionadamente la amistad de los hombres que los hizo a su imagen y semejanza; el Jesucristo del Evangelio y la vida interior, que venciendo a la muerte ya no muere»; el que llevó nuestra naturaleza humana a la gloria perdida por el pecado; el que, por encima de todas las leyes, las emplearía para sus propósitos; y el que se ofreció a sí mismo como víctima por nosotros no una, sino miles de veces; y no una, sino miles de veces como alimento; y no en una ocasión única, sino eterna e invariablemente.

Ese es nuestro Amigo, el Jesús que hemos conocido a través de los Evangelios y en nuestros corazones: nuestro Amigo por derecho y por deseo.

Ante ese sacramento que es El mismo aprendamos, pues, algo de su humildad. Y, así como El se desprende de su gloria, debemos desprendernos nosotros del orgullo al que no tenemos derecho..., y de todos nuestros rasgos y matices de vanidad y autocomplacencia que son el mayor obstáculo a sus planes amorosos. Debemos postrarnos en el polvo, delante de esos pies divinos y benditos que no sólo por Jerusalén hace dos mil años, sino por nuestras ciudades, caminan incansables buscando y salvando nuestras almas.

6. CRISTO EN LA IGLESIA

Yo soy la vid; vosotros los sarmientos.
(Jn 15,5)

Hasta ahora hemos considerado lo que podríamos llamar la amistad personal de Cristo con el alma: esa relación directa con El, con el Dios que mora en el corazón, con el Santísimo en el sagrario... Es decir, hemos considerado la vida interior del cristiano como fruto de la amistad personal con el Señor.

Es poco probable que haya algo tan difícil de diagnosticar y tan fácil de confundir como ciertos movimientos interiores que surgen en la vida espiritual.

Los psicólogos modernos recuerdan las enseñanzas de San Ignacio —de hace cuatrocientos— sobre la enorme dificultad de distinguir entre la actuación de Dios y esa parte de la naturaleza que no siempre obra conscientemente; es decir, los impulsos y deseos que surgen en el alma y que parecen llevar en sí la huella de un origen divino. Sin embargo, después de obedecerlos o satisfacerlos descubrimos con frecuencia que procedían nosotros mismos —de recuerdos, de sugerencias, de la educación, incluso de un orgullo disfrazado o del interés personal— y que nos han conducido al desastre espiritual. Para reconocer la llamada divina es necesario un gran discernimiento espiritual además de rectitud de intención. Y por supuesto, el esfuerzo por desenmascarar lo que, en los más elevados estados de progreso espiritual, se presenta como un «ángel de luz».

El resultado de esos terribles naufragios —o, por lo menos, lamentables errores— se manifiesta en algunas almas que se han esforzado intensamente por alimentar su vida interior. No hay obstinación como la obstinación religiosa, porque el hombre espiritual persevera en su erróneo camino con la convicción de que está obedeciendo a una llamada divina y no cree que su actitud pueda calificarse de obstinada o tozuda. Al contrario: está persuadido de que, con su comportamiento, actúa como el dócil servidor de una moción divina. No hay fanático tan extremista como el fanático religioso.

Esta es la razón principal que explica el hecho de que las críticas más afiladas hacia el catolicismo procedan de quienes han cultivado con mayor intensidad su vida interior. Afirman que los católicos son demasiado convencionales, demasiado formalistas, demasiado oficialistas. «Yo llevo a Jesús dentro del corazón, dicen tales críticos, ¿qué más quiero? Tengo al Señor dentro de mí, ¿por qué he de buscarle fuera? Yo conozco a Dios, ¿tanto importa lo que sepa acerca de El? ¿No está el niño más cerca de su padre de lo que pueda estarlo un biógrafo? «Ser ortodoxo» no es esencial. He amado a Dios antes de disertar eruditamente sobre la Santísima Trinidad».

La doctrina católica recibe entonces el calificativo de tiránica, de torpe. Se dice que la norma de conducta del hombre debe ser su conciencia iluminada por la presencia de Jesucristo en el corazón. Y por consiguiente, los intentos de crear una doctrina, unas reglas que traten de conducir a las almas con autoridad, de «atar y desatar», etc., se consideran unas prácticas que suponen un auténtico rechazo a la suprema autoridad del Cristo interior.

¿Cuál es nuestra respuesta a todo esto?

La primera réplica es la habitual y polémica —pero irrefutable— afirmación de que esos cristianos que con mayor vehemencia insisten en la santidad de la vida interior y en su capacidad como norma, son los menos aptos para ponerse de acuerdo materia religiosa. Todas las nuevas sectas que surgen en nuestros días —basadas en esas premisas formuladas a partir del siglo XVI— se han distinguido siempre por la falta de unidad entre sus seguidores; una unidad que tendría que ser el fruto de

dichas premisas, siempre que fueran ciertas. Si Jesucristo trató de fundar el cristianismo sobre su propia presencia en el alma como camino suficiente llegar a la verdad, Jesucristo fracasó en su intento.

El segundo argumento se refiere al tema principal de nuestra presente consideración: Cristo en la Iglesia. Y es éste: la auténtica institución a la que algunos califican de usurpadora de las prerrogativas de Cristo es más que una institución; de hecho, se trata del mismo Jesucristo. Y lleva a cabo, abiertamente y con su autoridad, la tarea de nuestra santificación, que no puede realizar cada persona en solitario al estar sujeta, como está, a innumerables fracasos, complicaciones y errores para los que no existe otro remedio.

Como demuestran los Evangelios, Cristo expresa repetidamente su deseo de entablar amistad con las almas. Y es patente, también a través de los Evangelios, que no se trata de una mera relación personal. Ciertamente, El llega al corazón del que así lo desea, pero sus promesas a las almas que no se aíslan con El, sino que se unen a otras almas, son más explícitas y trascendentales que todo eso. Su compromiso de encontrarse «donde dos o más estén reunidos en mi nombre»; su especial accesibilidad a «todo lo que pidáis»; su promesa de guiar a todos los que le buscan corporativamente es infinitamente más rotunda que cualquier otra hecha expresamente a una sola alma.

El tema tiene aún mayor trascendencia, pues con las palabras «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos», Cristo proclama cierta identidad —y no sólo promete su presencia— con aquellos que le representan corporativamente. Y todo ello formulado con estas trascendentales afirmaciones: «El que a vosotros escucha a Mí me escucha... Como el Padre me envió, así os envió Yo a vosotros... Lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo... Id y enseñad a todas las naciones... Yo estoy siempre con vosotros».

De aquí procede la actitud católica; no sólo es del sentido común, sino que ha sido expresada por Nuestro Señor de un modo aún más explícito cualquier promesa individual. A ningún hombre en especial, excepto quizás a Pedro —su vicario en la tierra— dijo Cristo abiertamente: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos».

Nos encontramos, pues, ante el único medio de conciliar el hecho de que Cristo esté con el alma y al alma, con la dificultad que esta alma encuentra —incluso en temas de vida o muerte— para conocer con certeza cuándo es la voz de Cristo la que le habla o cuándo se trata de una inspiración meramente humana o incluso diabólica. Según la doctrina católica, hay otra presencia de Cristo en la que nos ha garantizado lo que nunca prometió a persona alguna y esa presencia es asequible a todos. En resumen, ha prometido morar en la tierra en un Cuerpo Místico, y únicamente sometiéndonos

a su autoridad, podremos comprobar si esas ideas o inspiraciones personales proceden o no de Dios.

Es obvio, pues, que el alma que busca la amistad Cristo no puede hallarla de un modo adecuado solamente en la vida interior. Ya hemos visto lo profunda e intensa que tal amistad puede llegar a ser y cómo las almas que la cultivan disfrutan verdaderamente

de la presencia de su Amigo divino, aunque sepan muy poco o nada de su actuación en el mundo. Sin embargo, qué enormes llegan a ser las posibilidades que se abren ante un alma humilde

que no sólo conoce a Cristo interiormente, no sólo estudia su Persona en los Evangelios —el relato escrito de su vida en la tierra—, sino que contempla el asombroso hecho de que Cristo vive y obra y habla en la tierra a través de su Cuerpo Místico. Y que las características de la Persona divina, y su doctrina revelada hace dos mil años, son las que enseña la Iglesia con palabras humanas desde entonces, bajo la guía de esa misma Persona.

El tema es demasiado amplio para tratarlo aquí. Sin embargo, hemos de hacer dos o tres consideraciones directamente relacionadas con nosotros.

Como consecuencia de todo lo dicho, el católico debe cultivar su amistad con Cristo dentro de la Iglesia. De un modo intuitivo sentimos que la Iglesia es algo más que el mayor reino de este mundo, más venerable que la más venerable de las instituciones, más que la representación de Dios en la tierra, más que «la esposa del Cordero». Todas estas metáforas, aun siendo sagradas, no bastan para describir la realidad divina: porque la Iglesia es el mismo Cristo.

Por lo tanto, no es difícil «conectar» con la Iglesia. Por ejemplo, no hay católico que, al intentar vivir y practicar su religión, se encuentre desamparado o exiliado. Se siente no sólo como el súbdito de un reino o de un imperio protegido por su bandera, sino como el que vive entre amigos. Empujado por un instinto difícil de explicar, entra en los templos de otros países no sólo para visitar al Santísimo Sacramento o para asegurarse de la hora de las misas, sino para ponerse en contacto con esa misteriosa y tranquilizadora Persona. Y al hacerlo se comporta de un modo perfectamente coherente, porque Cristo, su amigo, está ahí, presente en el centro de una humanidad de cuyos miembros el mismo católico forma parte.

Pero esto no es todo. En una auténtica amistad entre dos personas, la más débil va adoptando poco a poco las costumbres e incluso el modo de pensar de la más fuerte. Es un proceso que se realiza paulatinamente hasta llegar a un punto en el que la mutua comprensión da paso a una «sintonía perfecta».

Esto es fundamental en la intimidad con Cristo. Debemos morar con El,

como nos dice su apóstol, que, «superado todo conocimiento» por la obediencia, perdamos finalmente nuestra propia identidad. Abandonamos nuestros limitados criterios sobre las cosas, nuestros esquemas e ideas personales para que, por fin, con «nuestra vida oculta Cristo en Dios» ya no vivamos, sino que sea Cristo quien viva en nosotros.

Esta debe ser nuestra meta en lo que se refiere a con Cristo en la Iglesia.

El converso que inicia su vida católica, o el católico por nacimiento que pretende profundizar en el significado de su religión, se limita a creer todo lo la Iglesia le propone y a obrar de acuerdo con esas enseñanzas, lo mismo que cuando en el terreno humano se entabla una nueva relación, basta con ser cortés y educado para evitar cualquier roce. Pero no basta si se trata de profundizar en dicha relación, pues la cortesía de los primeros tiempos se convierte enseguida en frialdad. Y si queremos evitar fracaso de esa amistad, es absolutamente necesario empezar a estar de acuerdo no sólo en las palabras y en los hechos, sino en los pensamientos. Y más aún que en los pensamientos, en las intuiciones: sin necesidad de palabras o de explicaciones, un hombre conoce las opiniones de su amigo sobre cualquier tema, lo mismo que sus aficiones o sus fobias.

Precisamente a esto debe aspirar el católico. Si la amistad con Cristo en la Iglesia ha de ser real —y sin este conocimiento de El, como hemos visto, nuestra relación no es la que El pretende—, debe extenderse no sólo a una escrupulosa obediencia externa y a la formulación de actos de fe, sino al modo de considerar las cosas en general. En muchos católicos sencillos y fieles puede observarse ese sentido de la fe, esa atmósfera intuitiva en la que se mueven y que les lleva a detectar con milagrosa celeridad y mejor que muchos teólogos expertos, las tendencias heréticas o las doctrinas peligrosas.

No hay más que una vía para llegar a esa íntima unión con la Iglesia, la misma que para llegar a la íntima unión con el Cristo interior: la vía de la humildad, de la obediencia y de la sencillez. Sólo a través de estas virtudes puede crecer la amistad, tanto la divina como la meramente humana.

Sin embargo, y a sabiendas de todo esto, el alma puede verse invadida repetidamente por una especie de rechazo hacia esta actitud a la que califica de servil. Y siente la tentación de preguntarse: «Después de todo, ¿no fui creada dotada de inteligencia, de un juicio libre, de unas preferencias personales y quizás del divino don de la originalidad? ¿Tendré que desdeñar estos dones y sacrificarlos, para convertirme en una persona vulgar?»

¡Ah! Reflexionemos de nuevo. ¿Fuiste libre al no desear nada más que a Dios? ¿Fue libre tu entendimiento para llegar a someterse gradualmente a la sabiduría divina? ¿Fue libre tu corazón amar o aborrecer las cosas que Dios ama o aborrece? Un alma unida a Dios no pierde nada. Al contrario, cada uno de sus dones es transformado, glorificado y elevado al orden sobrenatural. Realmente a no vive, es Cristo quien vive en ella».

Y si esto es cierto en lo que se refiere a Dios y a alma, lo es para

cualquiera de las formas que Dios elige para presentarse. No se puede vivir en la tierra una vida sobrenatural más que en una absoluta y ciega imitación de Jesucristo. No existe libertad más grande que la de los hijos de ese Dios al que se unen firmemente por la perfecta ley del amor y la libertad.

Una vez comprendido el hecho de que la Iglesia católica es la expresión histórica del mismo Cristo; una vez que hemos visto en sus ojos el brillo divino y en su rostro el rostro de Cristo; una vez que hemos oído de sus labios la voz que nos habla «como tiene autoridad», comprendemos que no hay más noble para un alma que «perderse» en esa gloriosa sociedad que es su Cuerpo Místico; ni mayor sabiduría que pensar como ella; ni amor más puro que el que arde en el corazón de la que, con Cristo como alma, es realmente la salvación del mundo.

7. CRISTO EN EL SACERDOTE

La gracia y la verdad se han hecho realidad por Jesucristo.
(Jn 1,17)

Ya hemos visto que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo y que el alma que desea la amistad de Cristo debe buscarla tanto en la Iglesia como en sí misma, es decir, exterior e interiormente. Hay en la Iglesia ciertas características de Cristo que es imprescindible conocer para lograr una auténtica compenetración con El —como son su autoridad, su infalibilidad, su fuerza imperecedera, etc.—, y que sólo un católico ferviente puede captar en su plenitud.

Sin embargo, la Iglesia católica es una sociedad de tal magnitud que la mayoría de las personas son incapaces de hacerse una perfecta idea de ella. La conocen intelectualmente, en su interior la aceptan, pero en la práctica sólo les resulta accesible a través del sacerdote. Este es, por cierto, uno de los argumentos que se esgrimen en contra del catolicismo. Exalta, dicen, la falible humanidad en la persona del sacerdote hasta unas alturas demasiado vertiginosas, aun sabiendo que está condicionado por las limitaciones propias de todo hombre. Si lo que se exaltase fuese la Iglesia como institución, insisten, todavía se podría excusar. Pero es cada sacerdote individual el que aparece revestido con la dignidad y las prerrogativas de Cristo.

Y en realidad es así. La única respuesta posible es que Cristo quiso que fuera así; que instituyó un sacerdocio que no sólo le presentara y ocupara su lugar, sino que, en cierto modo fuera El mismo; es decir, Cristo quiere ejercer su divino poder a través de su representante. De este modo, la devoción y la reverencia hacia el sacerdote son un homenaje directo al Sacerdote Eterno, de cuyo poder y dignidad participa el ministro humano. Si esto es así, no cabe duda de que el

sacerdote, como la Iglesia, es uno de los cauces a través de los cuales el cristiano debe acrecentar su intimidad personal con el Señor.

No es necesario insistir en la evidente naturaleza del sacerdote. Ninguno de ellos es capaz de olvidarlo ni un instante. Y si en alguna ocasión la autocomplacencia le impidiera ver sus propios defectos, la sociedad se los recordaría a través del ejemplo de otros. Es frecuente el caso de algún desdichado sacerdote que, tras alcanzar elevadas cotas a vida espiritual, extender su influencia y su prestigio y cosechar admiradores e imitadores, ofrece repentinamente al mundo una penosa muestra de su flaqueza. No tiene por qué ser una caída orden moral en el sentido estricto —¡gracias a Dios eso ocurre pocas veces!—, sino una falta de celo, o una repentina explosión de absurda vanidad, hace mella en las almas que confiaban en él y que ofrece al mundo un nuevo ejemplo de que «al fin y al cabo, los curas son hombres». Entonces, ¿por qué se sorprende el mundo de que sean hombres si no es porque, al menos inconscientemente, está convencido de que son bastante más?

Y es que, en primer lugar, son los embajadores de Cristo y le representan como un ministro acreditado representa a su rey. Cristo lo quiso así cuando envió a los apóstoles «por todo el mundo para predicar el evangelio a toda criatura».

De ese solo hecho ya se deriva la gran extensión de la presencia de Cristo en la tierra. «¡Qué hermosos son, exclama el profeta de la antigua ley, los pies del que anuncia la buena nueva y predica la paz!». Hermosos, porque son los pies que llevan el mensaje de amor del más hermoso de los hijos de los hombres.

Es importante subrayar aquí que el sacerdote que atenta contra la sustancia del mensaje divino es infiel a su misión. Cristo no envía a su representante para que se invente tratados de paz, sino para dar a conocer el plan divino de salvación.

Algunos siguen afirmando que la Iglesia católica es una enemiga acérrima del pensamiento; que no anima a que el prestigioso investigador profundice en el ámbito de la verdad, sino todo lo contrario; que silencia o repudia a sus ministros cuando empiezan a pensar o a hablar por sí mismos. Y esto es exacto, en el sentido de que la Iglesia no cree que la Revelación divina pueda mejorarse, ni siquiera contando con la colaboración de la inteligencia más preclara. No reprende a aquellos de sus sacerdotes que tratan de exponer el mensaje de un modo original, siempre que esa originalidad no lo oscurezca; no silencia a los que presentan el dogma de siempre con frases nuevas. Pero rechaza tajantemente a quienes, como determinados pensadores actuales,

presentar dogmas nuevos bajo el disfraz de las palabras de siempre.

En primer lugar, pues, Cristo está en su sacerdote, hasta el punto de usar los labios humanos para transmitir el mensaje divino. Y hemos de advertir, de paso, que esto requiere unas gracias extraordinarias por parte del mensajero. Nada hay tan irrefrenable como la naturaleza humana, nada que ansíe tanto avanzar; y al mismo tiempo, en nada se complace tanto la mente humana como en especular y dogmatizar en el campo de la teología. Pues bien, aún así, son tan abrumadoras las gracias con las que Cristo fortalece a su Iglesia que algunos le reprochan que todos los sacerdotes enseñen los mismos dogmas. Pero ese es un reproche por el que damos gracias a Dios.

Todo esto podría hacerse sin necesidad del sacerdote afirman los ministros no católicos. Pero es evidente que, puesto que el divino Maestro, Jesucristo, ya no habla en la tierra con sus labios humanos, debe usar otros labios humanos para dar a conocer la Revelación. «La verdad viene a través Jesucristo». Y El continúa su predicación de la verdad a través de las bocas de sus representantes acreditados.

Sin embargo, también «la gracia viene de Jesucristo». Y si la transmisión de la verdad por medio de ministros humanos no supone un detrimento de las prerrogativas de Cristo como profeta, es razonable creer que la transmisión de la gracia por medio de ministros humanos tampoco suponga un detrimento de las prerrogativas de Cristo como sacerdote. Y esto es lo esencial de la doctrina católica acerca del sacerdocio.

Cristo vino para darnos la vida y para enseñarnos a mantenerla o a recuperarla cuando la perdemos. Sólo El, el príncipe de la vida, posee el elixir de la vida. Los fariseos tenían razón cuando, apoyándose en sus creencias, decían: «¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?», «¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne?». Pero sus planteamientos eran erróneos, pues Cristo era más que un hombre. Sólo Cristo, fuente de vida, puede dar la gracia, como sólo Cristo, que es la Verdad, puede darnos la Revelación. Y este es el fundamento del sacerdocio católico al que El autoriza para que, por medio de su ministro humano, haga uso de ambas prerrogativas divinas.

Por esta razón, el sacerdote afirma en su predicación: «Yo os digo», o en el confesionario: «Yo te absuelvo», o en el altar: «Esto es mi cuerpo»... Es esencial comprender este segundo y abrumador argumento para entender el modo en que Cristo está presente en el sacerdote.

Y está presente, en primer lugar, cuando el sacerdote transmite el mensaje que se le ha confiado. El profeta divino emplea los labios humanos para «un conocimiento pleno» y para proclamar la verdad. Sin embargo, cuando

pensamos que el sacerdote divino emplea labios humanos para llevar a cabo sus fines sacerdotales, comprobamos que su presencia es mucho más íntima que la de un rey en su embajador. El embajador no es en modo alguno su señor: puede dictar los términos de un tratado, pero no concluirlo; interviene ante los que ha sido enviado, pero sólo de un modo limitado y representativo puede firmar la paz con ellos. Sin embargo, estos embajadores de Cristo, en virtud del encargo expreso que han recibido, a través de las palabras: «Esto es mi cuerpo... haced esto en memoria mía», «Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados», están facultados para hacer lo que un mero embajador de tierra es incapaz de hacer. Realizan lo que afirman; administran la gracia que predicán.

Así pues, vemos claramente que Cristo está presente en su sacerdote. Este es el supremo privilegio del sacerdote y su tremenda responsabilidad: la de ser el mismo Cristo mientras ejerce su ministerio. No dice: «Cristo te absuelve», sino «yo te absuelvo»; ni «este es el Cuerpo de Cristo», sino «esto mi Cuerpo». Y Cristo no sólo emplea sus labios: por ser un acto divino, rige también su deseo y su intención. Se hace presente en el sacerdote que consagra el Santísimo Sacramento aquí y ahora (es decir, consuma la maravilla suprema de la gracia de Cristo). Aquí y ahora el pecador arrepentido recibe el perdón. En una palabra, de todos modos, en cualquier lugar, en cualquier momento, el sacerdote actúa como Dios. Y todo ello no depende de unas palabras pronunciadas mecánicamente, sino de la unión de su libre voluntad y su libre intención con las de su Creador.

Podría parecer que nos hemos desviado de nuestro tema: la amistad con Cristo. Pero no ha sido así ni por un momento. Cristo nos ofrece su amistad. Y hemos visto también que nuestra actitud no puede limitarse a una adhesión interior. Hemos de darle la bienvenida cualquiera que sea el modo en que quiera salir a nuestro encuentro. Viene a nosotros en el sacramento, pero también en las verdades que nos enseña quien puede hablar en su nombre.

Cristo mora en la tierra hablando por boca de su sacerdote, que actúa como altavoz del Cuerpo Místico dando a conocer sus infalibles y autorizadas enseñanzas. Y Cristo actúa en la tierra a través de los actos de su ministro —unos actos que sólo pueden realizarse gracias al poder divino— usando las prerrogativas de gracia que únicamente le pertenecen a El y haciéndose presente en el sacramento que El mismo instituyera. Además, en la conducta del sacerdote se muestran tantas veces actitudes bien conocidas del divino Maestro. ¿No es, por ejemplo, la disponibilidad del sacerdote trasunto de la de Aquel que dijo: «Venid a mí todos los que estéis cansados y agobiados, que yo

os aliviaré»?

Por tanto, la veneración al sacerdote, el respeto por su ministerio, el celo por su buen nombre, la estima por la importancia de su misión, no son otra cosa que manifestaciones de la amistad con Cristo de la que venimos tratando, pues le reconocemos a Él mismo en su ministro.

No nos apoyemos en el sacerdote —no existe el hombre capaz de cargar con el peso de otra alma—, sino en el sacerdocio: esto es confiar en Cristo. Porque cuando nos acercamos al sacerdote sabiendo cuál es su función y distinguiendo al hombre de su ministerio, nos acercamos al Sacerdote eterno que vive en él, «sacerdote según el orden de Melquisedec», Aquel de quien la mayor alabanza que pronunciara el profeta fue la de glorificarle como «un sacerdote en su trono».

8. CRISTO EN EL SANTO

Vosotros sois la luz del mundo. (Mt5, 14)

Hemos visto a Cristo presente en el sacerdote a través del carácter que le ha conferido y de la misión que le ha encomendado. Cuando el sacerdote expone el mensaje evangélico, Cristo está hablando por su boca. Y es Cristo quien realiza los ritos sacramentales por medio de la intención y la voluntad de sus sacerdotes. En resumen, el sacerdote es, por excelencia, otro Cristo.

Pero también Cristo se nos acerca y nos ofrece su amistad en cualquier cristiano santo.

Cuando analizo la religión católica llego a la conclusión de que los santos, y por encima de todos María, son unos elementos esenciales y vitales para la Iglesia.

Es muy cierto que ningún nacido de mujer ha ejercido ni ejerce un influjo mayor sobre el género humano que María, la Madre de Dios. Más aún, ninguna otra influencia ha sido tan reconocida como la suya. Es imposible comprender del todo, o ni siquiera imaginar, lo que María ha supuesto para la humanidad. La devoción multiseular, las innumerables ceremonias en su honor, los rosarios rezados pidiendo su intercesión o las muchas advocaciones de su nombre ponen de manifiesto esta realidad. Su nombre recorre la historia cristiana estrechamente unido al santo nombre de Jesús. No hay circunstancia de la vida, ni situación, ni crisis —podríamos decir, no hay alegría ni tristeza— en la que María no haya sido invocada por los cristianos. Hasta hace cuatro siglos su imagen aparecía en todos los templos del mundo. Para una mente católica la idea de María va tan profundamente unida a la de su Hijo como las dos

naturalezas en Cristo; después de todo, una de sus naturalezas procede de Ella.

Las críticas protestantes señalan que ese es precisamente nuestro error, es decir, permitir que María usurpe el lugar de Cristo, del que vino al mundo para atraer a los hombres hacia sí. Es inútil polemizar sobre ello, pues cualquier católico es consciente de que el culto y el honor a María tienen como objeto unir al fiel con «el fruto bendito de su vientre», el que Ella nos presenta en todas sus imágenes, bien como el niño de la alegría o como el varón de dolores. Solamente quienes dudan o carecen de conocimientos doctrinales pueden plantearse la posibilidad de que un católico inteligente confunda a Cristo con su Madre, o que el Creador y su criatura compitan el uno con la otra. La cuestión es conocer y aceptar lo que Dios ha querido dándonos a María.

En primer lugar, y como vemos en el Evangelio —donde se nos revelan los designios divinos para la humanidad—, María desempeña un lugar fundamental dentro de la Redención. Acepta ser la madre de Dios y está al pie de la Cruz ofreciéndose con su Hijo para la salvación de los hombres.

«El ángel Gabriel fue enviado por Dios... a una virgen..., y el nombre de la virgen era María». Con estas palabras se describe el primer peldaño de la Redención, que guarda un cierto paralelismo con el primero de la caída. En ambos aparecen una mujer y un mensajero sobrenatural, y en ambos se plantea una opción de la que depende el futuro de la humanidad. La desobediencia de Eva y su soberbia abrieron la puerta al pecado que provocó la caída de la raza humana; la obediencia de María y su amor a Dios abren la puerta al Redentor.

Cuando Cristo, como Dios hecho hombre, recibe en Belén el homenaje de la humanidad, María está arrodillada a su lado; cuando Cristo es obediente durante treinta años, obedece a María; cuando Cristo sale al mundo para iniciar la transformación de las cosas ordinarias en cosas divinas, cambia el agua en vino a petición de María. Y cuando culmina su misión, «junto a la cruz de Jesús estaba María, su Madre», lo mismo que muchos siglos antes había estado Eva, la madre de los pecadores, junto al árbol que causó la muerte de Adán.

Así, tanto si nos remitimos a la Tradición —esa memoria imperecedera de la Iglesia que continuamente nos ofrece «cosas nuevas y antiguas»—, como al relato escrito de la vida de aquella que tuvo tan gran tesoro a su cargo, encontraremos a María caminando siempre junto a Jesús. Si amamos a María adoraremos a Jesús. Si menospreciamos o desairamos a María, estaremos rechazando el don de Dios.

Lo que es cierto con respecto a María lo es también en cierta medida con respecto a los santos. Dondequiera que Jesús es adorado como Dios, sus amigos surgen a millares como las flores en la primavera. Donde se pone en duda o se niega su divinidad, desaparece el sentido de lo sobrenatural.

Además, todo católico sabe bien que el fruto de la devoción a los santos es la devoción al Amante Divino. Miles de ellos han aprendido a conocer a Jesucristo, y a amarle después, gracias a la intimidad con los amigos predilectos del Maestro, a las mortificaciones de estos por la salvación de los pecadores, al modo en que han reproducido la imagen en sus vidas trasladando los rasgos de la Sagrada humanidad a la humanidad caída. ¿Cómo mantener la amistad con los amigos de Cristo sin buscar la del Amigo de todos?

Por otra parte, ¿podemos afirmar que Cristo está presente en su Madre y en sus santos? No está en ellos como en la Sagrada Eucaristía, pero podríamos decir que son los espejos que reflejan las perfecciones divinas.

Obviamente, esto no es todo: Cristo está en ellos como la llama en la antorcha; sus vidas no son meros reflejos o imitaciones, sino auténticas manifestaciones de Cristo. Es de Cristo el horror que sienten por el pecado y también de Cristo la fuerza que los mueve.

Son «la luz del mundo» porque en ellos brilla la suprema Luz del mundo; sus vidas están «Ocultas con Cristo en Dios».

Con la ayuda de la gracia han tallado el bloque de piedra de su naturaleza humana por medio de la mortificación, la lucha interior, la oración e incluso a veces por el paso final del martirio..., hasta que, poco a poco, surge de la materia bruta no un ángel de Michelangelo ni la mera copia de un modelo perfecto, sino el auténtico modelo. Ahora, Cristo vive en los santos tan realmente —aunque de modo distinto— como en el sacramento del altar. Y de un modo visible para todo el que tenga ojos para ver, se aparece en ellos como culminación de esa santidad. Por supuesto, no es El mismo exactamente, puesto que en cada santo permanece ese velo de la propia identidad personal que Dios le concedió y que no puede desaparecer. El santo ha sido creado precisamente para santificar esa identidad personal y para servir a Cristo dándolo a conocer sobre la tierra.

Mirar fijamente al sol supone la ceguera, o por lo menos un deslumbramiento que impide la visión. Pero a través de las virtudes de los santos se nos hace visible toda la santísima persona de Cristo, el brillo de su perfección absoluta, ni deformada ni diluida, sino analizada y examinada de modo que podamos comprenderla mejor. En los santos penitentes se hace visible la tristeza de Dios ante el pecado; en el mártir, Su absoluta trascendencia de este mundo; en el doctor de la Iglesia, los tesoros de Su sabiduría; en la virgen, Su pureza. Y en María, la virgen, la madre, la madre de dolores, la causa de nuestra alegría —en su corazón traspasado, en su Magnificat, en su Inmaculada Concepción— vemos, unidas a su personalidad humana, la plenitud la perfección de todas las virtudes y de las gracias. «Eres toda hermosa, amada mía; no hay mancha en ti».

Así pues, Cristo viene a nosotros y se nos manifiesta en la corte de amigos que rodean su trono. A su derecha aparece la Virgen, una «hija de rey vestida de oro». Y a ambos lados, todos los que aprendieron a llamarle amigo,

concebidos y nacidos pecado, pero que, «entre muchas tribulaciones», se han identificado con Cristo de tal modo que puede decir con verdad que «es Cristo quien vive en ellos».

Tratar de separar a Cristo de sus amigos, de alejar a la Reina y Madre de los peldaños del trono de Hijo por temor a que reciba demasiado amor o excesivos homenajes... ¡extraño modo de buscar la amistad del que lo es todo para nosotros! Porque es Cristo mismo quien nos ha dado a su Madre por Madre nuestra.

Por otra parte, así como no hay luz que no proceda del sol —ya sea en el resplandor del mediodía, en la suave claridad de la aurora o en la rojiza gloria del atardecer—, no hay gracia que no provenga de Cristo. La iniciativa de salvarnos, de hacernos volver a la casa paterna, ha sido y es siempre de Cristo. La vida de los santos, los de la Historia y los que conviven con nosotros, es un medio más que El nos ofrece para que podamos contarnos entre sus amigos.

9. CRISTO EN EL PECADOR

Este recibe a los pecadores y come con ellos.
(Luc 15,2)

Hemos visto a Cristo acercándose a nosotros, ofreciéndonos su amistad por distintos caminos y de diferentes formas e, incluso, poniendo a nuestro alcance virtudes y gracias que no podríamos obtener de otro modo. Por ejemplo, transmitiendo su propio sacerdocio al sacerdote y su santidad al santo.

Estos dos aspectos concretos son fácilmente perceptibles. Sólo unos prejuicios exacerbados o una ceguera extraordinaria impiden reconocer la voz del Buen Pastor en las palabras que pronuncia su ministro, o la santidad de Dios cuando se manifiesta en la vida de sus íntimos. Pero no es fácil reconocerlo en el pecador: el de pecador no parece ser un aspecto que El asumiría. Hasta sus discípulos más queridos sintieron la tentación de abandonarle cuando en la cruz o en Getsemaní, «el que no conocía pecado se hizo pecado por nosotros».

Como relatan los Evangelios, una de las características más sobresalientes de Jesús fue la amistad que mantuvo con los pecadores, su extraordinaria comprensión y la facilidad con que aceptaba su compañía. De hecho, este comportamiento por parte de Aquel que afirmaba —y lo hacía— enseñar una doctrina de perfección, le granjeó las críticas de sus enemigos. Pero si lo pensamos detenidamente, esta característica es una de las credenciales su divinidad: nadie, sino el más excelso, podría condescender con el más bajo; nadie, sino Dios, podría mostrarse tan humano. Por una parte «este hombre recibe a los pecadores», no se limita a enseñarles, sino que come con ellos. Y por otra, no manifiesta ni la

más mínima condescendencia con el pecado: «Vete y no peques más»

Es tan patente su amistad con los pecadores que podríamos llegar a pensar que se desinteresa de los santos: «No he venido a llamar a los justos sino a pecadores». Ante unos oyentes que se inclinaban naturalmente por la idea opuesta (ya sabemos que el mayor peligro para un alma religiosa radica en el fariseísmo) expone su criterio subrayándolo con tres parábolas tremendas: considera a la dracma perdida como más preciosa que las otras nueve monedas de plata; a la oveja desaparecida en el desierto como más valiosa que las noventa y nueve permanecen en el redil; al hijo rebelde perdido en el mundo como más querido que el heredero y mayor, a salvo en el hogar.

No manifiesta hacia los pecadores una vaga benevolencia en abstracto, sino un cariño especial y concreto. Y parece elegir tres tipos de pecadores con los que se relaciona de un modo determinado.

Promete el Paraíso a un bandido temerario, peligroso y osado; absuelve y elogia el amor de la Magdalena, e incluso, en el momento culminante de la traición, recibe con el más dulce apelativo de todos al taimado, al endurecido Judas que ha vendido a su Maestro por treinta monedas de plata: «Amigo, dice Jesús, ¿a qué has venido?».

Del relato del Evangelio se deduce una nueva lección: no conocemos a Cristo si no somos capaces de encontrarlo en el pecador.

¿Qué sentido tiene todo esto? El mundo se rebela de nuevo. Reconocemos a nuestro Sacerdote cuando su ministro celebra en el altar; a nuestro Rey de los santos, cuando se transfigura; lo podemos descubrir cuando atiende a los pecadores —ya que nos atiende a nosotros—, pero ¿qué sentido tiene decir que se identifica con ellos de modo que lo buscamos en ellos y no entre ellos?

Sin embargo, el ejemplo de los santos es claro e indiscutible. Las almas plenamente unidas a Cristo sólo buscan a Cristo y nada más que a Cristo. Y hay un hecho patente: estas almas, tanto si se retiran del mundo para dedicarse a la oración y a la penitencia como si ejercen su actividad en él, buscan lo que está alejado de Cristo no sólo para ofrecérselo, sino para reconciliarlo con El.

En realidad, es muy sencillo. Ya que Cristo es «la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo», sólo la presencia de Cristo, y únicamente esa presencia, confiere su máximo valor a la vida humana. Por una parte, cuando pecamos, perdemos a Cristo, que ya no está presente en nosotros por la gracia; pero por otra, asombrosamente real y trágica, Cristo sigue amándonos. Sigue interesado en nuestra salvación. Según la estremecedora frase de Pablo, el alma pecadora continúa «crucificándole» y «burlándose de El»: todavía está en período prueba y, por lo tanto, todavía mantiene los lazos que la unen a su Salvador. En esta situación, la amortiguada voz de su conciencia es la voz de

Cristo que suplica a través de sus labios heridos de nuevo. Ahí yace la luz del mundo reducida a un tenue fulgor por el peso de las cenizas, la Verdad absoluta silenciada por la mentira, la Vida del mundo empujada hacia el borde de la muerte por una vida de este mundo y todavía en este mundo.

Desde un alma así, nuestro amante clama con amargo patetismo: «Tened compasión de mí, ¡oh amigos míos! Puedo llevar a cabo actos de piedad y gracia por medio de las palabras de mis sacerdotes, vivir una vida santa en la tierra a través de mis amigos. Soy tolerado, cuando no bien recibido, por las almas en gracia. Pero en el alma de los pecadores estoy indefenso. Hablo, pero no me oyen; lucho y me vencen... Mirad y ved si hay dolor como mi dolor... Ved, tengo sed...».

Bajo la apariencia del mismo que le rechaza, está Cristo.

El descubrimiento de Cristo en el pecador es esencial para nuestra decisión de ayudarlo. Debemos creer en sus posibilidades, y su única «posibilidad» es Cristo. Debemos comprender que, tras la aparente carencia de fe, brilla —de algún modo— una chispa de esperanza; tras su desesperación, un resquicio de caridad. En la medida que podamos, hemos de hacer algo de lo que Cristo hizo en su amor omnipotente: identificamos con el pecador, penetrar —a través de la oscuridad y la falta de amor— en la luz y en el amor de Cristo que no le ha abandonado. En resumen, tenemos que querer lo mejor para él y no lo peor (como hace el Señor con nosotros cuando nos perdona los pecados) para perdonar sus ofensas como esperamos que Dios perdone las nuestras. Descubrir a Cristo en el pecador no sólo significa un servicio a Cristo, sino también al pecador.

Es doloroso ver que muchos cristianos no acaban de comprender todo lo anterior o que, de todos modos, no obran en consecuencia. Es bastante fácil convencer a los hombres para que tomen parte, digamos, en una función litúrgica donde se honra abiertamente a Cristo; para que le adoren en el Santísimo Sacramento, para que le respeten en sus sacerdotes, para que celebren las fiestas de los santos... Pero es terriblemente difícil convencerles de la necesidad de hacer apostolado. Somos demasiado proclives a aferrarnos a nuestras prácticas religiosas y a desinteresarnos de los demás, a correr las cortinas o a hacer algunos comentarios cínicos, olvidando que no atender la llamada del que está alejado de Cristo es no descubrir, bajo el aspecto en el que con mayor urgencia reclama nuestra amistad, al Señor al que afirmamos servir.

Toda la devoción del mundo para nuestro blanco anfitrión en la custodia, toda la adoración del mundo para el niño inmaculado en brazos de su madre inmaculada no alcanzarán su fin a menos que vayan acompañados de una pasión por las almas que le ofenden. Pues bajo la inmundicia y la corrupción

del pecado de esas almas vive también el que ve en el Santísimo Sacramento y en el pesebre y clama pidiéndonos ayuda.

Por último, es necesario recordar que al compadecernos de Cristo en el pecador, nos estamos compadeciendo de Cristo en nosotros mismos.

10. CRISTO EN EL HOMBRE CORRIENTE

Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos
más pequeños, a mí me lo hicisteis.
(Mt 25, 40)

De todo lo anterior se deduce que es relativamente fácil descubrir a Cristo en el sacerdote y en el santo.

La única dificultad para descubrir a Cristo en el pecador es la misma que nos hace difícil verlo en el crucificado. Sin embargo, dicha dificultad, una vez superada, se vuelve luminosa con la luz que se desprende de la personalidad divina. Ya hemos visto que quienes no ven a Cristo en esas situaciones pierden incalculables ocasiones de acercarse a El y de captar la plenitud y variedad de la amistad que nos ofrece.

Por otra parte, Cristo se nos muestra también bajo otras apariencias difíciles de asumir por lo ordinarias y poco llamativas. Me refiero a la pretensión de que El está en nuestro prójimo, en todo hombre que encontramos en nuestro camino.

Él mismo nos lo revela cuando describe su regreso para juzgar a la humanidad (Mt 25, 31-46). A un lado, los que se salvan; al otro, los condenados. Y la razón que en este caso concreto esgrime para explicar tal separación es que unos atendieron a sus prójimos mientras que los otros no lo hicieron. «En verdad os digo: cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis; cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños también conmigo dejasteis de hacerlo». Aquellos, pues, irán a la vida eterna y estos a la muerte eterna.

Nos sorprende, de inmediato, la aparente ignorancia —que parece sincera— de todos ellos sobre el mérito o demérito de sus vidas. Unos y otros se muestran desconcertados por sus respectivas sentencias de inocencia o de condena. «Señor... ¿cuándo te vimos hambriento... o sediento... o desnudo... enfermo o en la cárcel?». «No sabíamos que te servíamos», dicen unos. «No sabíamos que te rechazábamos», arguyen los otros. En su respuesta, el Señor repite el mismo argumento: quien sirve o rechaza su prójimo, le sirve o rechaza

a El. Sin embargo, no explica el hecho de que unas acciones llevadas a cabo sin pleno conocimiento puedan ser acreedoras de premio o de castigo.

La explicación no resulta difícil: esa ignorancia no es plena. La experiencia nos demuestra que todos sentimos una instintiva atracción hacia nuestro prójimo, al que no podemos rechazar sin un sentimiento de culpa. Quizá a causa del desconocimiento o del absoluto desprecio de la luz, un hombre puede ignorar la paternidad de Dios o las palabras de Jesucristo; o quizá niega tales verdades justificándose intelectualmente. Pero nadie, aunque haya vivido de un modo egoísta, aunque se haya negado al amor al prójimo o a la fraternidad, puede dejar de sentir —durante algún tiempo, al menos— que está contrariando sus más nobles inclinaciones. El cristiano sabe que el segundo gran mandamiento —el amor al prójimo— extrae su fuerza del primero. Pero, con todo, es absolutamente cierto que, aunque por una u otra razón los hombres no lleguen a sentir la atracción del amor a Dios, nadie puede rechazar al prójimo sin un sentimiento de culpa.

Cristo es la luz que alumbra a todo hombre. Aunque su nombre y su actuación en la historia sean desconocidos para algún hombre en particular, su voz, la voz de la palabra eterna, resuena en la conciencia del hombre. Al rechazar la llamada apremiante del prójimo, el hombre rechaza la llamada del Hijo del Hombre. Y esto es así aunque ese hombre no conozca a Jesucristo. Esa no es la cuestión. Sigue siendo cierto que el abandono de nuestro prójimo supone negarse a ese impulso interior, imperioso y razonable que, aun ignorando el origen y la procedencia de la voz que resonó en Judea, llama al sentido de la moral natural. Pilatos no pecó por desconocer los artículos del Credo de Nicea, ni por no reconocer al reo que comparecía ante su presencia; pecó por desoír la llamada de la justicia, y atropellar el derecho a la libertad de un inocente, Ultrajó a la Verdad encarnada porque ultrajó a la justicia.

Este es un hecho innegable. El hombre que no observa el segundo mandamiento es incapaz de cumplir el primero; el hombre que rechaza a Cristo en el hombre no puede aceptar a Cristo en Dios. «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve».

Es relativamente fácil descubrir a Cristo tras lo que podemos calificar de aspectos llamativos. Sin embargo, no es tan fácil reconocer a Cristo en el hombre corriente, como no lo es descubrir a la providencia divina en las circunstancias ordinarias.

¿Cómo es posible, nos preguntamos que el Único se oculte en lo ordinario, que el más hermoso de los hijos de los hombres se esconda bajo lo meramente vulgar, que el «escogido entre miles» se disimule tras lo cotidiano? Pues bien, por mucho que nos extrañe, el amor al prójimo se nos manda precisamente

porque «Cristo está en el corazón de todo hombre que piensa en mí»... (así como en el corazón de todo hombre que nunca me concede ni un pensamiento). «Cristo está en la boca de todo hombre que me habla. Cristo en todos los ojos que me miran. Cristo en todos los oídos que me escuchan». El marido, por ejemplo, debe ver a Cristo en la esposa frívola que malgasta sus energías y la mitad de su fortuna en una vana ambición social. La esposa debe ver a Cristo en el marido que no piensa más que en los negocios durante la semana y en divertirse los domingos. Y en general a Cristo le debemos encontrar en nuestro prójimo y en el plano cotidiano en que nos movemos... «en el baluarte, en el pescante, en el velero»; tenemos que encontrar al que mora en la eternidad. De otro modo, no podemos afirmar que le conocemos como es.

Vivir todo esto perfecta y constantemente es encaminarse a la santidad. Encontrarle aquí es encontrarle en todas partes. Y así nos será mucho más fácil encontrarle en el santo, en el pecador, en el sacerdote, en la Iglesia y en el Santísimo Sacramento.

Merece la pena, no obstante, insistir en dos consideraciones:

La primera se refiere a la necesidad que tenemos de no confundir nuestros sentimientos y emociones «religiosos» con el efectivo cumplimiento de la voluntad de Dios. Con el fin de animar al alma en sus propósitos, Cristo la acaricia, la seduce y la hechiza, especialmente en las primeras etapas de la vida interior. Y por lo tanto, una auténtica trampa espiritual consistiría en confundir a Cristo con sus dones, la religión con la religiosidad y la felicidad futura del cielo con la posible felicidad en la tierra. En resumen, que podríamos cometer el error de decir «¡Señor! ¡Señor!» en lugar de hacer la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos. Los resultados prácticos nos harán comprobar nuestros progresos. Me resulta facilísimo adorar a Cristo en el sagrario, pero ¿me resulta igualmente fácil servirle en mi prójimo? Porque si no es así, no estoy progresando en absoluto: únicamente avanzo en un aspecto a expensas del resto. No estoy acogiendo la amistad con Cristo, más bien estoy desarrollando mi propio concepto de su amistad (lo cual es completamente diferente). Y estoy cayendo en la más fatídica de todas trampas espirituales:

«Lo encuentro en el brillo de las estrellas.

Lo encuentro en el florecimiento de los campos.

Pero no lo encuentro en su caminar con el hombre.»

Y, por lo tanto, no lo encuentro donde Él desea ser hallado.

Un segundo medio de ayudarnos en este descubrimiento de Cristo consiste en profundizar en nuestro propio conocimiento. Mi máxima dificultad es la superficial e imaginaria dificultad de llegar a descubrir al Único tras el aspecto del hombre corriente. Por lo tanto, si aprendo a conocerme mejor y aprendo que también yo soy corriente, y al mismo tiempo descubro que Cristo sigue soportándome, tolerándome y morando en mí, me resultará más fácil

comprender que Cristo more también en mi prójimo. Y, a medida que me conozco mejor, compruebo que el amor propio invade el conjunto, que mi celo por la gloria de Dios es muy escaso e inmenso el celo por mi propio yo, y que mis mejores acciones están envenenadas por los peores motivos. Pero que, a pesar de todo, Cristo se presta a morar y a brillar en un corazón tan sombrío como el mío. Y compruebo, cada vez con mayor facilidad, que también mora en ese prójimo que me resulta tan antipático, pero de cuya indignidad no puedo estar tan seguro como lo estoy de la mía.

«Ábrete camino en el bosque —contempla tu propia necesidad— y me hallarás. Levanta la piedra —arranca de ti esa cosa dura e insensible a la que llamas corazón— y ahí estoy yo». Y entonces cuando encuentres a Cristo en ti mismo, da un paso más y encuéntralo también en tu prójimo.

11. CRISTO EN EL QUE SUFRE

Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo.
(Col. 1,24)

Hemos considerado a Cristo, el Hijo de David, como la solución y la respuesta a muchos interrogantes difíciles de explicar a los no católicos. Por ejemplo, se nos acusa de «predicar más a la Iglesia que a Cristo», de ser supersticiosos, cuando no idólatras, o de exaltar el sacerdocio; y se nos critica por nuestro culto a Jesús sacramentado y por nuestra veneración a los santos, así como por el hecho de ser demasiado acogedores con los pecadores y de estar demasiado dispuestos al perdón. Sólo cuando se comprende que Cristo es la respuesta a todas esas cuestiones, las dificultades se desvanecen como un relámpago. Y es que, en cuanto alguien percibe que la Iglesia es el Cuerpo en el que Cristo mora y actúa; que el Santísimo Sacramento es El, con la misma naturaleza humana con la que vivió en la tierra y ahora triunfa en el cielo; que la santidad de los santos es su propia santidad; que las palabras y los actos del sacerdote son las palabras y los actos del Sacerdote Eterno y que la suprema queja de los pecadores resuena en la persona de Cristo, ultrajado, crucificado o despreciado con ellos..., no sólo se desvanecen las dificultades, sino que el hombre puede acercarse a Cristo como a su amante y su amigo del alma, que únicamente desea ser conocido y amado.

Estudiemos ahora un aspecto más, un problema que no sólo afecta al dogma católico, pues está presente en todas las filosofías y en todas las religiones: el problema del dolor, del que también Cristo es la clave.

Este problema se plantea ante cualquier intento de resolver el enigma del universo: la pregunta de por qué el dolor es, o parece ser, el compañero inseparable de la vida. Las respuestas se cuentan por miles. Una de ellas es la

del monismo: no existe un Dios de amor y de poder, y el dolor no es más que otra manifestación de una rudimentaria divinidad por realizarse. Otra respuesta es la del budismo: el dolor es la consecuencia inevitable del pecado personal, y el sufrimiento de cada individuo es el castigo por sus culpas en una vida anterior. Una secta surgida en nuestros días afirma que no hay tal problema puesto que ¡el dolor no existe!... todo es ilusorio, «fruto del pensamiento». Pero esta teoría no explica por qué el pensamiento adopta esta forma desdichada, ni por qué deberíamos pensar así.

El problema, pues, sigue en pie. Lo vemos, clamando por una solución, en el niño inocente que padece en su cuerpo quizá a causa del pecado de sus padres; en todos los corazones atormentados por la compasión o por las consecuencias de unos crímenes de los que no son responsables; y sobre todo, en toda alma agobiada y atormentada por pensar que ha ofendido mortal e irreparablemente al Dios al que siempre trató de servir.

La dificultad no radica en percibir las consecuencias del pecado en el pecador. No nos escandalizamos por el castigo que se impone al delincuente: en ese punto nuestras ideas de justicia coinciden con las ideas divinas. Pero no podemos comprender, por ejemplo, que un niño, incapaz de asimilar una lección moral, padezca por un pecado que no ha cometido; que una personalidad naturalmente dulce se transforme en obsesionada y amargada por un sufrimiento cuyo sentido no alcanza; o que almas que merecerían ser felices vivan abrumadas por penas cada vez mayores, mientras que «se exalta a los malvados». Entonces nos sentimos desconcertados.

El principal motivo que impide a la inteligencia analizar satisfactoriamente este supremo problema es que nunca ha intentado hacerlo. Sería una insensatez que, con la esperanza de descubrir a Dios, tras de examinar al microscopio el amor materno o «de investigar el universo con un telescopio». Y es que el dolor es uno de esos hechos fundamentales que debe analizar el hombre en su conjunto —corazón, voluntad y experiencia, así como con la cabeza— o no hacerlo en absoluto.

Hablando estrictamente, el intelecto es adecuado solamente para las «ciencias exactas», nombre que reciben las abstracciones intelectuales desde el ámbito de los hechos concretos. Yo puedo sumar dos y dos infaliblemente porque «dos y dos» es una abstracción procedente del mundo que me rodea. Pero no puedo reunir a dos personas y calcular exactamente cuál va a ser el resultado sobre su futuro o quizá sobre el mío. Si el hombre debe resolver el misterio del dolor no puede hacerlo sólo con su cabeza.

Cuando volvemos la mirada hacia Cristo crucificado, sabiendo quién es y lo que es, el problema se nos plantea de un modo todavía más agudo. No es un hombre el que cuelga de la cruz siendo inocente: es el hombre sin culpa. Y no

es meramente el hombre sin culpa, sino que es el Dios encarnado. Por supuesto, esta no es la respuesta al problema de cómo puede ser justo que alguien sufra por los pecados de otro, pero nos demuestra evidentemente que se puede sufrir así, ser consciente del hecho y aceptarlo. Y aún más, que esta ley de la expiación es de un alcance y un efecto tan amplios que el mismo legislador puede someterse a ella. Así pues, nos proporciona exactamente la seguridad que, como cristianos, necesitamos: nos demuestra que el dolor no es un desgraciado accidente en la vida, ni una muestra de despiadada indiferencia, ni el denodado esfuerzo de un Dios rudimentario por aparecer, sino una parte de la vida, tan augusta y trascendental que el mismo Creador puede someterse a ella.

Esto no resuelve el problema: hace que las etapas de su solución sean quizá más desconcertantes todavía. Pero, al menos para los cristianos, llega al resultado final, elaborado y «mostrado» (en palabras de San Pablo) ante nuestros ojos.

Una vez que lo admitimos así, como una hipótesis de trabajo —o como para aceptar que la expiación que Cristo llevó a cabo está de acuerdo con esta ley incomprensible— volvamos una vez más la mirada a esos otros inocentes desdichados, al niño lisiado, a la madre agonizante, al alma profundamente dolorida...

Si aislamos a los que sufren del resto de la raza humana, si los sacamos de su contexto y los observamos uno a uno, nos sentiremos desconcertados de nuevo. Pero si, por el contrario, hacemos lo que venimos intentando a través de estas consideraciones, es decir, meditar, tratar de ver a Cristo en ellos, entonces la luz empieza a brillar inmediatamente.

En capítulos anteriores señalábamos que Iglesia es el Cuerpo en el que mora Cristo. Y, siendo así, vemos la autoridad de Cristo en la autoridad de la Iglesia, Su santidad en la de ella, Su sacerdocio en el de los sacerdotes, y Su Calvario en el sufrimiento de los miembros de la Esposa de Cristo. Los que sufren, pues, son una continuación del Crucificado, lo mismo que los sacerdotes son sus representantes. Lo que realizó en el Calvario —ese misterioso sacrificio en el cual la humanidad de Cristo unida a la persona del Verbo fue la víctima— se representa, se vuelve a hacer presente, en el sacrificio de la Misa. Ahora lo vemos de nuevo, ofreciendo una vez más el mismo sacrificio —aunque de un modo distinto— a través de la sangre y las lágrimas de los que están unidos a El. «Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo». El que sufre puede decir: «Yo expí en mi cuerpo la expiación que El ofreció en el suyo. En cierto modo soy un ministro de Cristo, como el santo o como el conjunto de la Iglesia». El hecho de que el que sufre no sea plenamente consciente de esto no altera la situación, puesto que lo meritorio de su dolor es la unión de su sufrimiento con el de Cristo.

¿Cuál es, pues, el valor del sacrificio voluntario? Supone la aceptación de la «lógica de Dios», de la valoración que El hace del dolor humano, más allá de

lo que la razón humana alcanza a comprender.

Quien acepta el sufrimiento por amor ha resuelto prácticamente —no en abstracto— el problema del dolor.

Profunda y grandiosa, por lo tanto, llega a ser la dignidad del alma que sufre; que, sabiendo a Cristo dentro de sí, desea unir su dolor al del Señor, pues solamente El puede cargar con los pecados del mundo. Esos crucificados vivientes destacan en medio del contradictorio mundo en el que nos movemos. Y al contemplarlos, no como a meros dolientes, sino como a almas en las que se hace presente Cristo crucificado, aprendemos una lección más sobre la amistad de Cristo, la última quizá que lleguemos a aprender; que el que nos pide obediencia a su Cuerpo místico y glorioso, adoración a su Cuerpo sacramentado, reverencia hacia su sacerdote, admiración ante sus santos y el perdón para sus queridos pecadores, nos pide también, para los que sufren, nuestra ternura y nuestra compasión, manifestada en obras de servicio.

«Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo».

Apresurémonos a proporcionar agua fresca, en lugar de vinagre, al amigo sediento que nos la pide suplicante.

TERCERA PARTE
CRISTO EN SU VIDA HISTÓRICA
12. LAS SIETE PALABRAS
Cristo, nuestro amigo, crucificado

Hasta aquí hemos estudiado la amistad de Cristo y los distintos aspectos a través de los cuales nos la ofrece, tanto en la intimidad de nuestro ser como en sus representantes en la tierra.

Recordemos ahora, al dirigir nuestra mirada hacia los Evangelios, la suprema prueba de amistad que nos dio, la mayor manifestación del amor: dar la vida por los amigos. Contemplándolo en la cruz, vemos la extraordinaria riqueza de las funciones que desempeña en favor nuestro; como soberano, lleva sobre su pecho herido las insignias y condecoraciones que sólo El puede conceder. Ahí están su realeza, su función profética, su sacrificio redentor... alhajas todas que El regala en distintos grados a los que le seguimos y de las que, muchas veces, hacemos caso omiso: le consideramos como a ese amigo íntimo que confía en nosotros y al que recompensamos con una corona de espinas.

No obstante, el Señor sufriría con gusto todo eso, y mil pasiones más, si finalmente lograra persuadimos de que nos ama. En la cruz pronunció siete palabras y en cada una de ellas nos habla de su

amistad.

1. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»

Nuestro amigo ha subido al Calvario; sus verdugos le despojan de las vestiduras y le tienden en la cruz que El ha cargado desde el atrio del pretorio; después, eligen y preparan los clavos.... Jesús, extendido en la cruz, siente las miradas despectivas de quienes le rodean, y también las de todos los que los seguirán: ese número incontable de almas que El desea hacer suyas. Y mientras le clavan, profiere su primera palabra: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

¿Es posible hablar así? Incluso ¿puede afirmar el amor divino que «no saben lo que hacen»? Cristo vivió tres años como servidor y amigo de todos, socorrió a cualquiera que se le acercara, dio de comer al hambriento, sanó al enfermo, libró del demonio al poseso. No se sabe de nadie que recurriera a El y fuera rechazado. Tanto los que el mundo consideraba como despreciables ruinas humanas, el publicano y la prostituta, como los que habían perdido toda relación con los demás, encontraron un amigo en El. Todo esto era innegable; más aún, era del dominio público. Imposible pretender que el mundo rechazaba a Cristo porque El hubiera rechazado al mundo; imposible alegar que el mundo ignoraba su generosidad y grandeza de corazón. Fue el amigo de todos. Sus enemigos sólo pudieron aducir un motivo: no era amigo del César.

Pero no sabían que quien había obrado así era su Dios; que quien había sido tan tierno con las criaturas era su Creador; que al que tenían en sus manos era el Señor de la vida. Creían que se la quitaban, sin comprender que El mismo la entregaba. Creían

que acababan con una serie de favores que les irritaban sin saber que estaban cooperando con la plenitud de la gracia.

No sabían lo que hacían.

Sabían que condenaban a un amigo humano, pero no a un amigo divino.

Sabían que pecaban contra todas las reglas de honradez, de gratitud y de justicia.

Sabían, como lo supo Pilatos, que mataban a un justo, que estaban vertiendo sangre inocente sobre sus propias cabezas.

Pero no sabían que estaban crucificando al Señor de la gloria, que estaban tratando de acallar la palabra eterna.

En su favor se puede decir: «Conocían el horror, pero no todo el horror de lo que hacían. Así pues, perdónalos, Padre».

«Como era en el principio, ahora y siempre». Jesucristo, es el mismo ayer, hoy y siempre. En el mundo hay una sociedad, la Iglesia, en la que Jesucristo vive eternamente, y esta sociedad, como el mismo Cristo, es divina y humana al mismo tiempo. Está comprometida en obras divinas y humanas y, como el mismo Cristo (y como toda empresa en favor del bien), es víctima de sorprendentes ingratitudes. De nuevo en nuestros días —como hace cuatro siglos en Inglaterra, o en Roma hace diecisiete—, La Iglesia se ve amenazada por los mismos a los que trata de llevar consuelo y salvación.

Y es imposible decir que, en parte por lo menos, los hombres no saben lo que hacen.

Saben que la civilización europea se apoya en cimientos cristianos.

Saben que, muchos siglos antes de que el Estado soñara con hacer lo mismo —y antes, ciertamente, de que existiera un Estado—, la Iglesia dio de comer al hambriento, enseñó al ignorante, acogió al proscrito e hizo tolerable la vida a los desdichados.

Saben que la Iglesia fue la madre de los ideales, del arte más noble y de la belleza más pura. En todos los países de Europa se usan hoy, con fines seculares, edificios que ella construyó para el culto a Dios.

Saben que la moral de los hombres encuentra su sanción definitiva en la enseñanza de la Iglesia, y que donde impera su doctrina desaparece el crimen.

Y una vez más, se la acusa de no ser amiga del César, es decir, de ningún sistema que organice la sociedad de espaldas a Dios.

Sin embargo, el amor divino puede, gracias a Dios, continuar intercediendo por los hombres, unos hombres que no son conscientes del tremendo horror de lo que hacen. Y es que ignoran que esa Iglesia es la amada, la esposa del Hijo; que es esa ciudad eterna que «desciende del cielo» y que, a través de los sufrimientos de los suyos, aplica el sacrificio de Jesucristo por los pecados de los mismos que lo crucifican.

Saben que ultrajan a la justicia humana; que tratan a una comunidad universal como no lo harían con nación alguna; que están quebrando la rama que los sostiene.

Ignoran, por otra parte, que la justicia humana es un derecho divino; que esta sociedad es un cuerpo que reúne no sólo las vidas de los hombres, sino la vida encarnada de Dios; que están asesinando, no a un profeta ni a un siervo, sino al Hijo Unigénito de Dios.

Por último, Jesús ruega por nosotros, puesto que, en nuestra insensata ignorancia, también hemos pecado. Los católicos hemos recibido tesoros de verdad y de gracia, pero no siempre los hemos transmitido al mundo que nos rodea. Nos acusamos de un poco de tibieza y de pereza, de algo de avaricia, de

cierta falta de generosidad. «Sabemos lo que hacemos» en parte; sabemos que no somos fieles a las inspiraciones divinas; que no hacemos todo lo que podríamos; que pecamos de amor propio, de un poco de rencor, de cierta disculpable cólera... Confesamos todas estas cosas y recibimos fácilmente la absolución.

Y aún así, no sabemos lo que hacemos.

No sentimos la urgencia de la necesidad de Dios, ignoramos la trascendencia de los asuntos que ha dejado a nuestro cargo, el tremendo valor de cada alma y de los actos, palabras y pensamientos que ayudarían a decidir su destino. Desconocemos la tensa expectación con la que el cielo observa nuestras veleidades.

Ignoramos las oportunidades concretas en las que se ocultan los gérmenes de nuevos mundos, que pueden nacer para Dios o desaparecer en embrión por culpa de nuestra negligencia.

Robamos las joyas que nos entrega y olvidamos que cada una de ellas merece el rescate de un rey.

Jugamos como niños en un jardín, pisoteando las flores que Dios puede reemplazar, pero nunca reparar.

Si pudiéramos, veríamos a Jesús a nuestro lado, mostrándonos las señales de su pasión y esperando un «consolador» que «no encuentra». Está a nuestro lado, y nosotros charlamos distraídos, mientras recorremos el camino donde tiene lugar la tragedia; donde, entre el cielo y la tierra, descendido del uno y rechazado por la otra, cuelga nuestro Dios, al que tratamos como a nuestro esclavo y que desea ser nuestro amigo.

Padre, por la plegaria de Tu Hijo crucificado, perdónanos también, porque no sabemos lo que hacemos.

Sin embargo, lo más sorprendente es nuestra ignorancia en todo lo que se refiere a la vida espiritual. Como cristianos, tenemos la continua experiencia de encontrarnos con un Dios que busca nuestra amistad. Son muy pocos los que, al menos una vez en su juventud —o quizá en la edad madura—, no han advertido que Cristo pretende algo más que una obediencia formal o una adoración meramente externa. Su deseo es entablar con ellos una amistad que signifique el inicio de una conversión interior.

Para cualquier cristiano, es una experiencia maravillosa descubrir el conmovedor hecho de que su Dios es también su amante. Pero después, como suele suceder en el amor humano, el romance se agosta, y el alma que pocos años antes todo lo centraba en Cristo, que cambió su vida para crecer más y más en la identificación con su amigo; que se entregó a la piedad como tarea prioritaria; que concentró sus intereses, sus emociones y su saber solamente en El; que inició una vida nueva y un nuevo modo de obrar; que, a la luz de Su presencia, se deshizo de sus pecados casi sin esfuerzo... Esa alma, cuando con el paso del tiempo se inicia en ella el proceso de la vía purgativa, cuando se agota la imaginación o la madurez embota las intensas emociones de la

adolescencia, o cuando los monótonos sucesos de cada día centran por completo su atención, como el único tema de interés, esa alma, en lugar de aferrarse a la fe, en lugar de tratar de apoyar en El su debilidad, renuncia a la gozosa realidad de su relación personal con Cristo y considera que El y su amistad son fruto de aquellas ilusiones que, normales en los primeros años, desaparecen con la experiencia. Continúa satisfecha de tratarle como a su Dios, como al ideal de la humanidad, como al salvador de los hombres, pero no como al amante que la desea entre miles, como al príncipe que la despertó con un beso y al que, desde entonces, pertenece plenamente.

¡Y aun así, suele saber lo que hace! Quizá lo lamente un poco. Piensa que lo perfecto habría sido perseverar, incluso envidia ligeramente a los que han perseverado. Sabe que fue deseada, pero no sabe cuánto. Y no sabe que ha perdido la posibilidad de alcanzar la santidad; que ha desperdiciado mil ocasiones que no volverán. Y no sabe que, si no fuera por la misericordia divina, habría perdido ciertamente incluso la posibilidad de salvarse.

2. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso»

Ha transcurrido aproximadamente una hora... Las burlas y las blasfemias de los dos ladrones en el suplicio se han convertido en lamentos, y los lamentos, en el silencio de la extenuación. Y en el silencio han obrado la gracia de Dios y los recuerdos del pasado.

Uno de los condenados, absorto en su sufrimiento, se retuerce cambiando de postura para intentar aliviarlo. Por otra parte, percibe que junto a él hay algo más que su propio dolor, que ese dolor no es el principio y el fin de todas las cosas. Cegado por la sangre, las lágrimas y el polvo que levanta la encrespada muchedumbre, vislumbra al que cuelga en medio de ellos. Su compañero también lo ha visto, sin embargo, considera la paciencia de Jesús como un reproche a su propio tormento... «¿Acaso no eres el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero Dimas ve más allá del horror y la tragedia; quizá ha oído la primera palabra que el reo pronunció mientras los clavos le atravesaban la carne; y apoyándose en este detalle —o en algún otro— su mente oscurecida, la mente de un niño salvaje, empieza discurrir.

Y en una misteriosa operación sobre esa mente cegada y obtusa, la gracia empieza a brillar como la luz en un sucio tugurio... Nuestra teología no enseña casi nada sobre ese proceso divino. Sabemos muy poco de su itinerario y sólo algo de sus efectos. Hemos extraído algunas conclusiones, pero no más. No obstante, sí sabemos una cosa: aquel hombre no pensaba únicamente en sí mismo; aún llevaba en su interior la suficiente receptividad a la gracia.

Poco a poco, la verdad (no osamos decir toda la verdad) empezó a abrirse paso. En las miradas que iban, venían y volvían, la mente oscurecida empezó a captar el hecho supremo que aquellos sabios fariseos ignoraban: que el criminal no era un verdadero criminal, que las espinas no eran sólo una burla, que el

letrero de la cruz iba más allá del desprecio... Cuando la gracia está presente, el dolor es un extraño mago, un iniciador en secretos, un sacerdote que dispensa misterios, unos misterios desconocidos para el que no ha sufrido.

Por lo menos, sabemos que el ladrón habló por fin —¡un milagro mayor que el de la burra de Balaam!—, que un asesino descubrió al Señor de la vida, que un embustero dijo la verdad, que un proscrito se rindió a su rey: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino».

Pide, por lo tanto, lo último que podría pedir: que ese rey que algún día entrará en su reino, se acuerde de un tal Dimas, aquél que en una ocasión padeció a su lado. Ya no expresa la duda, «Si eres el Cristo...», sino que le llama Señor rotundamente. Ya no le pide alivio: «sálvate a ti mismo y a nosotros», sino un recuerdo en el futuro. Quizá algún día, en cualquier momento, recordará...

Y tras las palabras, viene el milagro, un milagro que se produce siempre que un alma humillada ocupa el último puesto. En cuanto aprendemos a reconocemos siervos, ocupamos el lugar de los amigos y recibimos ese nombre: «Amigo, sube más arriba». «No os llamaré siervos, sino amigos». Porque El es el único rey «a quien servir es reinar», cuyo servicio es la libertad perfecta. «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

Nos encontramos aquí ante una de las más profundas leyes de la vida espiritual y una de las más difíciles de aprender porque, como todas las leyes fundamentales de la gracia, se presenta como una paradoja: «Si alguno quiere ser el primero, hágase el último y el servidor de todos». «El que se humille será enaltecido».

Ahora bien, mientras el ego domine nuestra alma, nos veremos instintivamente inclinados al amor propio aunque esté disfrazado de amor a Dios. Ciertamente, un alma puede llegar al cielo si lo desea perseverantemente; pero es también cierto que el amor propio le impedirá alcanzar un lugar elevado y, menos aún, la posición de un amigo íntimo de Cristo en la tierra. Es decir, mientras reine nuestro yo, mientras no lo rechazemos y crucifiquemos, el alma no podrá ser —en el sentido más elevado— discípula de Cristo. Generalmente, proyectamos nuestra vida espiritual tratando de mejorar, de progresar, de realizar algo por Dios, de hacernos indispensables, en cierto modo, para la causa divina. Ponemos en las cosas espirituales el mismo afán de emulación y la misma ambición que nos llevarían al éxito en los negocios humanos. En cierto modo, tratamos de imponer nuestra amistad a Cristo e insistir en esa relación en la que hemos puesto todo nuestro empeño. Intentamos acomodar a la nuestra la voluntad divina, y alcanzar nuestra unión con Dios procurando que sea El quien cambie y no nosotros.

Y, por supuesto, fracasamos lamentable e ignominiosamente. Para ir bien

en el terreno espiritual debemos transformar nuestro comportamiento. Ciertamente, «bienaventurados los que tienen hambre»; son bienaventurados por tener ese afán. Pero es un afán que debe llevar no a la autoafirmación, sino a la negación de sí mismos. «Bienaventurados los mansos», «bienaventurados los pobres de espíritu», «bienaventurados los que lloran».

Y una vez más, aunque aspiremos a vivir una vida cristiana, la falta de visión sobrenatural nos hará sentirnos desalentados y descorazonados. No avanzamos y, aunque no renunciemos a la búsqueda, empezamos a desfallecer.

Y de repente, el alma hace un descubrimiento deslumbrador. Por primera vez, quizá, ve su auténtica imagen en los ojos de la faz desvelada de la humildad. Después, los descubrimientos se suceden velozmente. En primer lugar el alma comprende que no merecía la pena poner el corazón en su propio yo; se da cuenta de que ninguna de sus buenas acciones anteriores fueron auténticamente buenas; que las que eran fruto de una mera generosidad natural procedían del amor propio; que cuando adelantaba, lo hacía en la dirección equivocada; que estaba acumulando méritos escasamente meritorios; que se decía que agradaba a Dios con unas acciones en las que se buscaba a sí misma; en fin, que, después de todo, aquel progreso se había limitado a un aumento de su egocentrismo, y que el dominio de sí que había adquirido gracias a sus esfuerzos era una «victoria fracasada» (en palabras de San Agustín). Había estado luchando por conquistar a Dios en lugar de rendirse a El.

Entonces, el grito surge espontáneamente: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino... Señor, acuérdate de mí... no me dejes ser tal y como soy cuando alcances el poder y reines incluso en este corazón que durante tanto tiempo se rebeló contra ti. Acuérdate de mí cuando tenga lugar el acto supremo de amor y la naturaleza humana se someta a la divina... ¡Amado Jesús, en ese día no seas un juez para mí, sino mi salvador!»

Y entonces, paradójicamente, todo se le concede. Y en ese instante el alma obtiene todo lo que desea. En su oración pedía aprender a servir, y al expresar su plegaria se encontró sabiendo reinar: había aprendido la lección de Aquél que tomó la forma de un siervo, del que era manso y humilde de corazón. Y en ese instante, el alma siente que El la rodea con sus brazos, la besa en los labios y le dice al oído: «¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!». Sube más arriba, desde mis pies a mi corazón, amiga mía. Ahora que, por fin, te entregas a mí, yo me entrego a ti. Toma mi mano y ven conmigo, tú, que deseas seguirme... y caminemos juntos por el paraíso».

Amistad de Jesús con el arrepentido. Hasta ese momento sólo tres íntimos estaban junto a la cruz de Jesús: a un lado María, la Madre inmaculada, con Juan, el discípulo amado; al otro, Magdalena, purificada y anegada en llanto. Ahora, se ha unido a ellos el ladrón de corazón destrozado, el que quiso servir y por lo tanto, mereció reinar... Y también él espera ya en el paraíso.

3. «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre»

Dos de las personas que permanecieron al pie de la cruz son, para los cristianos de todos los tiempos, los modelos supremos de amor divino y humano. Allí está María, amada por el Padre Eterno hasta el punto de hacerla sin mancha. Allí está Juan, el discípulo preferido, que tuvo el privilegio de apoyar su cabeza, antes de llegar al cielo, en el pecho del Amor mismo immaculado. Seguramente María y Juan estaban ya unidos por el mismo amor. Los que aman a Dios tan perfectamente no pueden amar a los demás de otro modo... Sin embargo, con sus siete palabras desde la cruz, Jesús los impulsa a una unión aún más estrecha.

Nuestro Señor desea no sólo entablar amistad con las almas, sino unir mutuamente a sus amigos en la caridad divina. De hecho, como prueba definitiva del amor hacia Él, crea un vínculo de caridad entre los hombres.

«El que no ama a su hermano, al que ve, ¿cómo puede amar a Dios al que no ve?», escribirá más tarde Juan.

«Lo que no hicisteis con alguno de estos pequeños no lo hicisteis conmigo», había enseñado Jesús.

El segundo mandamiento es «semejante al primero»: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Si dedicó la mitad de las energías de su vida a atraer a los hombres hacia sí, dedicó la otra mitad a unir a los hombres entre sí.

«En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros».

Alaba, no sólo a quienes «tienen hambre y sed de justicia» y buscan la fuente divina de la justicia, sino también a los pacíficos y a los mansos. Porque los que no perdonan las ofensas (aquellos que consideran más fuertes que el lazo divino que los une al prójimo, las disensiones humanas que podrían separarlos) no pueden ver perdonadas sus propias ofensas, es decir, no pueden confiar en el vínculo divino que ellos mismos han rechazado.

Ahora bien, la unidad entre los hombres es, en cierto modo, el objeto de toda sociedad humana. Incluso en las esferas más mundanas se admite un hecho que ha sido siempre el tema de la predicación cristiana: que la unión hace la fuerza; que es mejor cooperar que competir; que una sociedad de cualquier clase sólo se salva olvidándose de «sí misma»; que la individualidad no se mantiene más que sacrificando el individualismo. En prácticamente cualquier sociedad humana de todos los tiempos la unión es fuente de prosperidad. «Si disfrutamos juntos, ganamos juntos y triunfamos juntos, seremos capaces de amarnos unos a otros».

Ahora, Jesucristo hace algo que no ha hecho nunca. Emplea el dolor como un lazo supremo de amor. «Amaos los unos a los otros» parece clamar desde la cruz, porque sois lo bastante fuertes como para sufrir juntos. «¡Mujer!, exclama nuestro hermano agonizante, ahí tienes a tu hijo». Y luego, dirigiéndose

a todos nosotros: «¡Hijo!, ahí tienes a tu madre».

En primer lugar, pues, este es el lazo que nos une a María que, aunque en una ocasión entonara el *Magnificat*, sentiría más tarde que una espada le atravesaba el corazón. El pesar, mal aceptado, es una fuerza destructora más poderosa que cualquier otro sentimiento humano. El pesar, soportado con resentimiento y amargura, aísla el alma no sólo de Dios, sino de los amigos: el solitario agoniza lentamente en su soledad. Sin embargo, si la persona recibe y asume ese pesar, si hace un auténtico esfuerzo por aceptarlo, crea un lazo de unión tan fuerte con los demás que sufren, que todo el poder del infierno es incapaz de romperlo.

Si María se nos hubiera dado como madre solamente en Belén, si hubiera vivido envuelta en su íntimo gozo, si se nos mostrara como la imagen viva de la felicidad en persona, entonces, cuando cayera sobre nosotros el manto de la oscuridad, nos apartaríamos silenciosamente de su lado para sufrir en soledad. Una religión que nos mostrara a María con su Niño en los brazos, y no a María con el Hijo muerto sobre sus rodillas, no sería una religión a la que podríamos entregarnos confiadamente cuando todo nos fallara. Más aún, no podríamos tener a la Virgen por Madre si en su relación con nosotros no apareciera el dolor. María, aunque dio a luz sin dolor a su Hijo unigénito, dio a luz a la humanidad en medio del dolor y la agonía. Permaneció al pie de la cruz de Jesús lo mismo que había estado arrodillada junto a la cuna, y es nuestra madre tanto cuando gozamos como cuando sufrimos. La «Madre de dolores» debe estar siempre más cerca de la humanidad que la «Madre de la alegría».

En cuanto empezamos a hacer ciertos progresos en la vida interior corremos el riesgo de olvidar otros deberes elementales. Dicho de otro modo, cuando iniciamos la experiencia de una relación íntima y personal con Cristo, existe el peligro de que nos olvidemos —o al menos, minimicemos— las relaciones que nos unen con los demás. Me refiero al hecho elemental de que «el que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve», por muy profundos y fervorosos que parezcan nuestros sentimientos. Debemos contrastar la realidad de nuestra devoción hacia El con la atención concreta que manifestamos hacia los demás.

Así pues, si hay un momento en el que debemos volvernos hacia nuestro prójimo y calibrar nuestra caridad, será cuando estemos junto a la cruz, porque la suprema gloria de la cruz exige hacer del dolor el lazo más profundo en las relaciones humanas.

Cuando nuestras almas contemplan conmovidas la muerte de nuestro Salvador, llega el momento de volver nuestra mirada a las sencillas relaciones de la vida cotidiana y de preguntarnos si hemos vencido en la prueba final de todo discípulo de Jesús: amarnos los unos a los otros. Sería escandaloso que quienes afirman disfrutar de la más íntima amistad con Dios, se caracterizasen por su egoísmo y falta de caridad con el prójimo; que los que se consideran «virtuosos» presenten su «modo de vida» y sus devociones como excusas para

no ser amables con los demás. «Está rezando y no se le puede molestar...»; cuando, en realidad, el primer mandamiento es la caridad.

Ve a casa y da fin, de una vez por todas, a esa absurda disputa. Ve a casa y pide perdón, sincera y sencillamente, por tu participación en ese asunto en el que quizá el otro era aún más culpable que tú. Es intolerable que los amigos del crucificado —o los que aspiran a ser amigos del crucificado— puedan sentirse en paz con Dios y no estar en paz con su esposa o con sus padres.

«¡Ahí tienes a tu madre... a tu hijo!». Un lazo más fuerte que el de la creación común te une a esa alma con la que estás en desacuerdo: el hecho de que el Verbo muriese en la cruz por los dos. Pues mientras la caída rompió la armonía de esa creación, la redención la restauró. Y esta restauración es aún más maravillosa que la creación misma.

Ningún hombre puede ser amigo de Jesucristo si no es amigo de su prójimo.

4. «Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»

La oscuridad del Calvario, tanto física como espiritual, se hace más profunda. Cristo intercede por los que le han ofendido y han rechazado su amistad. Él, que siempre fue amigo de los pecadores, añade a todos ellos uno más. El, que siempre fue amigo de los santos, añade a todos ellos otros dos con los que se une más estrechamente a través de las bodas del dolor.

Ahora se aleja del mundo al que tanto dio, para dirigir su mirada hacia su propia sagrada humanidad. Y, por medio de una palabra ante la cual tiemblan el cielo y la tierra, nos revela que esa humanidad sufre la experiencia del dolor y del abandono como parte del proceso que le llevó a «gustar la muerte por todos nosotros» y a aprender la obediencia por sus sufrimientos. El, que vino a ofrecer su sagrada humanidad como el lazo de amistad entre Dios y el hombre, se hace amigo del hombre caído, puesto que ha decidido identificarse con el horror de esa caída. La visión beatífica, que el hombre había perdido pero que Cristo no podía perder, se ve ahora oscurecida a los ojos del que vino a restablecerla por medio de la redención.

Ahora bien, la auténtica felicidad del hombre consiste en su gradual aproximación a la visión beatífica. Cristo os ofrece su amistad —esa amistad en la que se fundamenta la felicidad humana— como prenda y como medio de alcanzar la unión definitiva en el cielo. Por lo tanto, la alegría de Cristo en la tierra, ese gozo que estalla en palabras una vez y otra durante su vida terrena, en obras de poder y misericordia, o en el silencioso fulgor de la transfiguración, ese gozo procede de la visión beatífica en la que vivía permanentemente.

Y es ahora, en el Calvario, cuando tiene lugar el supremo padecimiento: lo que ha sido su soporte durante los treinta años de su vida, no desaparece, pero sí se oculta, lo mismo que cualquier otro consuelo humano o divino. El sol

ensombrecido no es más que una vaga y tenue imagen de la oscuridad de su alma. El sol se convierte en tinieblas y la luna en sangre, las estrellas se desprenden del cielo y la tierra tiembla, como si Cristo, por su libre y deliberada elección, no entrara simplemente en las sombras de la muerte, sino en la muerte de las muertes. Y esta es la muerte que «gustó»... En aquella hora ofreció lo único que hace tolerable la vida. Su cuerpo, exhausto y martirizado en la cruz, es una débil representación de la agonía de su alma abandonada... «Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?».

Esta palabra ofrece más dificultades que las anteriores si pretendemos aplicarla a nosotros mismos. El estado en que fue pronunciada nos resulta sencillamente inconcebible a quienes encontramos consuelo en tantas cosas que no son Dios y para quienes el pecado carece de importancia. Cuando perdemos el bienestar físico encontramos refugio en el bienestar mental; si carecemos de bienestar mental, nos apoyamos en nuestros amigos. O más frecuentemente, cuando perdemos los placeres más elevados encontramos fácilmente consuelo en los más bajos. Cuando falla la religión, nos consolamos con el arte; cuando nos defraudan el amor o la ambición, nos abandonamos a los placeres físicos; cuando el cuerpo se niega a responder, nos refugiamos en nuestro indomable orgullo; y cuando todo se derrumba, pensamos en el suicidio y en el infierno como la solución más tolerable. En nuestro apasionado afán por hacernos soportables a nosotros mismos, parece no existir abismo al que no podamos caer.

Esa palabra, pues, carece de sentido para la mayoría de nosotros. Para Jesucristo, cuando la visión beatífica quedó ahogada por las sombras, no hubo nada en el cielo ni en la tierra... «Busqué quien me consolase y no lo hallé...». La tragedia continúa en medio de la oscuridad: oímos los gemidos, vemos los ojos del torturado, su rostro macilento tras el cual se oculta su alma crucificada; andamos a tientas, hacemos conjeturas, intentamos suavizar la imagen de tan augusta realidad; pero eso es todo.

Sin embargo, de todo lo dicho se derivan dos lecciones que, traducidas a nuestros términos, quizá lleguemos a comprender:

Puede suceder que en nuestra vida espiritual alcancemos un punto en el que la amistad con Cristo sea nuestro principal gozo entre los muchos que Dios nos concede. El hecho de poder conocerle y tratarle nos resulta tan consolador que llegamos a considerar insignificante la mayor de las penas. (Es obvio que esto no exige un nivel especial en el terreno espiritual y, de hecho, es imposible perseverar sinceramente en la vida interior sin experimentarlo antes o después). Pues bien, supongamos que, una vez alcanzado este punto y sin ser conscientes más que de nuestra habitual negligencia y falta de fe, este gozo espiritual desaparece súbita y completamente. ¿Cuál puede ser nuestra

reacción?

Como indicábamos más arriba, nuestra respuesta consiste en encontrar consuelo en cualquier otro lugar. Buscamos «distracciones», es decir, centramos nuestra atención en otras cosas. Es aún más común la actitud del que se rinde y, dejando a un lado las prácticas que exigen un esfuerzo, se queja amargamente del modo en que le trata su Amigo. Por supuesto, una petición de auxilio es no sólo justificable, sino realmente meritoria, pues también nuestro Señor clamó en la cruz. El error no está en gritar, sino en el sentimiento que invade al que grita. En nuestro amor propio no nos creemos merecedores de lo que nos sucede, como si por nuestra parte tuviéramos algún derecho a la presencia del Amigo. ¿Es posible avanzar sin esa renuncia? ¿Cómo aferrarnos a nuestro Amigo cuando parece desprenderse de nuestras manos? ¿Cómo debe ser esa auténtica fe, que echa sus raíces y las hunde en la roca, cuando el viento desolador del sufrimiento amenaza con desarraigarla? Lo más honroso es beber de una vez la tribulación más intensa y las heces más amargas. Poner nuestros labios en la copa que apuró nuestro Salvador —aunque su amargura esté diluida por la misericordia divina— supondría un honor que nos daría la paz.

La segunda lección se refiere a la etapa en la que Dios lo es todo para el alma, una etapa a la que, obviamente, aspiramos todos. No basta con que la amistad de Cristo sea nuestro interés primordial. Cristo no es meramente «el primero»: es el alfa y omega, el principio y el fin. No es comparativamente el más importante: es el absoluto y el único. La religión no es uno de los aspectos que complementan nuestra vida —eso es la religiosidad—, sino que forma parte de todos ellos; es la trama en la que deben ir tejidos el arte, la literatura, los afanes cotidianos, la diversión, los negocios o el amor humano. Si no es así, no se trata de religión en absoluto.

La suprema dificultad de la vida interior radica en llegar a vivir así. Y vivir la religión, no como una parte integrante del conjunto de la vida, sino como el elemento dominante en todos sus aspectos, de tal modo que esa exigencia sea, siempre y en todo momento, imperativa; no en el sentido de que el alma se desinterese por todo, excepto por las formas de culto, la teología, la ascética o la moral —lo que podría calificarse de mera religiosidad—, sino de un modo de percibir inconscientemente la voluntad, el poder o la belleza de Dios en todas las cosas, y de que «nada es completamente secular excepto el pecado».

Esta es, pues, recordémoslo, la vida del alma, y en la medida en que nos acerquemos a ella, estaremos cumpliendo mejor o peor nuestro destino. Y para el alma que ha alcanzado ese estado, Dios lo es todo, se hace «todo » porque no hay nada ajeno a El: «Ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios». La vida en su conjunto parece iluminada por la presencia divina; todas las cosas subsisten en El y nada tiene valor excepto en relación con El.

El alma cristiana debe, pues, aspirar a este estado y esforzarse por

alcanzarlo, ya que en él radica la plenitud de la amistad de Cristo. Sólo en estas condiciones puede ser Jesús todo para el alma. Y aún más: es el único estado en el que es posible el auténtico abandono.

Perder a Jesús si ocupa las nueve décimas partes de nuestra vida produce realmente un dolor extraordinario; sin embargo, aún quedaría una décima parte en la que no se advertiría la pérdida, una fracción de intereses en los que el alma se podría refugiar en busca de consuelo. Pero si ocupa la vida entera, si no hay un momento del día, un movimiento de los sentidos, una percepción de la mente, o un acto de los que El no sea el fundamento, entonces, cuando se retira, el sol se oscurece y la luna no brilla; entonces, ciertamente, se pierde el gusto por la vida, se marchita el color del cielo, y se desvanecen la belleza de las formas y la armonía de los sonidos. Entonces, y solamente entonces, un alma como esta puede atreverse, sin presunción, a poner en sus labios las palabras del mismo Cristo y clamar: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? Pues perdiéndote a ti, lo pierdo todo».

5. «Tengo sed»

Termina la agonía del alma de Cristo mientras avanza la de su cuerpo. Cuelga en la cruz desde la mañana, y ahora, bajo el ardiente sol del mediodía —apagado durante unos instantes por las tinieblas que ocultaron el tormento de su alma—, los minutos transcurren lentamente. Y, como una marea de fuego, aparece la sed del crucificado, un tormento que, según se dice, es el peor en esta acerba forma de muerte.

Hasta este momento su clamor al Padre ha sido el punto culminante de la humillación de Cristo, una petición de ayuda por parte de la sagrada humanidad abandonada voluntariamente, su confesión al mundo de que la oscuridad invade su alma. Ahora baja el peldaño más profundo de la humillación y pide ayuda al hombre.

¡Cristo pide ayuda al hombre!

El la ofreció durante toda su vida: alimentó a las almas hambrientas y a los cuerpos hambrientos; abrió los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; enderezó las manos paralizadas y fortaleció las rodillas débiles. En pie, en medio del templo, llamó a los sedientos para calmar su sed. Ahora, por el contrario, pide de beber y lo acepta. También David, en el fragor de la batalla, había gritado: «Quién me diera poder beber agua de la cisterna que está a la puerta de Belén!». Porque tanto David, como el hijo de David, eran lo suficientemente fuertes como para ceder a la debilidad.

En el secular calvario de la historia del mundo, Jesús clama pidiendo ayuda al hombre: el dador de todas las cosas se humilla hasta la súplica.

En realidad, ha habido llamadas anteriores: el Señor habla al alma egoísta con la voz del Sinaí: «No robarás»; y a la que hace ciertos progresos le promete apoyo y recompensa: «Bienaventurados tales y tales hombres porque recibirán

su premio». Pero existen numerosas almas sordas para el cielo y para el infierno, almas para las cuales el futuro no significa nada o casi nada, almas tan osadas que no temen al infierno, o tan indiferentes que no desean el cielo. Y a ellas dirige su último y conmovedor mensaje: «Si no queréis aceptar mi ayuda, ayudadme al menos. Si no queréis beber de mis manos, dadme al menos de beber de las vuestras. *Tengo sed*».

Resulta sorprendente comprobar hasta qué situación redujeron los hombres a Cristo. Y también resulta sugerente pensar que los hombres que no reaccionan por su, propio bien reaccionarán algunas veces por el de El.

«Mirad, clama Jesucristo, habéis abandonado la búsqueda, os habéis apartado de la puerta y no queréis llamar. No os tomaréis la molestia de pedir. De modo que yo tendré que hacerlo todo. Mirad, yo soy el que busca al que se ha perdido; soy yo el que estoy a la puerta y llamo. Soy yo el que pido, el que se ha convertido en un mendigo... Tened compasión de mí. El Señor me ha contristado. Ya no os ofrezco agua, sino que os la pido: sin ella, me muero».

Algunas veces nos conviene considerar la vida espiritual desde un punto de vista completamente distinto. En ciertos momentos la religión representa para nosotros una pesada carga: cuando la búsqueda, larga e infructuosa, nos harta; cuando, a pesar de nuestras insistentes llamadas, las puertas no se abren; cuando pedimos y no recibimos respuesta. En tales momentos nos rendimos; incluso llegamos a creer que nuestras peticiones no merecen ser satisfechas; que la piedad llega a un punto detrás del cual ya no hay nada; que fallan nuestros deseos y que ya no ambicionamos el cielo. La verdad es que somos seres limitados, y que la «inquietud por lo divino», el anhelo de infinito y la ilimitada pasión por Dios son dones divinos, lo mismo que la fuerza para alcanzarlos y vencer. Dios no es sólo nuestro Señor y nuestra recompensa, sino que El mismo debe ser el camino para encontrarle. No podemos desearlo ardientemente si no contamos con su ayuda.

Y cuando nos cansamos de desear, cuando el mismo deseo se extingue, Jesús nos dice la quinta palabra desde la cruz.

Hemos hablado de la amistad divina como si se tratara de una relación recíproca; como si, estando Cristo a un lado y nosotros al otro, nos uniera un lazo común. Pero en realidad sólo existe un lado. No podemos desear al Cristo exterior si no contamos con la ayuda del Cristo interior. Y el Cristo interior debe gritar: «Tengo sed» antes de que el Cristo exterior pueda darnos el agua viva.

Esta llamada debe ser, entonces, nuestro estímulo último cuando fallen todos los demás. Está Jesucristo tan golpeado y despreciado que ha tenido que pedir compasión para sí mismo antes de compadecerse de nosotros.

Si no encontramos nuestro cielo en el Señor, dejémosle, al menos, que El encuentre su cielo en nosotros.

Si ya no podemos decir: «Mi alma tiene sed del Dios vivo», escuchémosle al menos clamar desde la cruz: «Mi alma tiene sed de vosotros».

Si no le permitimos servirnos, contentémonos, para nuestra vergüenza,

con servirle.

Este es, de nuevo, el grito de Cristo que brota incesantemente en su Iglesia. Vivimos días llenos de temor y de amenazas. En otro tiempo la doctrina de la Iglesia iluminaba a Europa: era aclamada como «la que viene en nombre del Señor». Llegaba haciendo el bien, ofreciendo el agua viva y distribuyendo el pan de vida. Ahora, recorre ante nuestros ojos el camino del dolor; está subiendo al Gólgota; está pendiente de la cruz... El mundo ha vencido de nuevo como pareció vencer en el Calvario. Los hombres se niegan a que les sirva; es más, no le permiten regirse a sí misma. Le atribuyen las características de un gobierno secular; le han arrebatado su gloria; se mofan de ella diciéndole que no puede salvar a los demás, puesto que no es capaz de salvarse a sí misma.

¿Qué esperanza nos queda? ¿Cómo podrán bendecir unas manos clavadas? ¿Cómo podrán unos pies trabados salir en busca de los que se han perdido? Y ¿cómo unos labios abrasados y agrietados por los tormentos podrán predicar el mensaje de la libertad divina?

Para nuestro consuelo, recordemos ahora que es Jesús quien clama y que cuando expresó su petición junto al pozo de Jacob y en la cruz del Gólgota, una mujer samaritana, una extranjera en el pueblo de Dios, y unos soldados del imperio enfrentado con el reino de Dios tuvieron compasión de El y le dieron de beber.

6. «Todo esta cumplido»

La trémula luz de la tarde ilumina ahora el Calvario, las tres cruces y el pequeño grupo que aguarda el final. Del rostro de Cristo ha desaparecido la expresión de agonía. Desde su cuerpo destrozado y su alma torturada pidió compasión a Dios y a los hombres, y ellos respondieron. Ahora, ese rostro demacrado por las tinieblas del alma, con los ojos hundidos por el sufrimiento, se transforma en un rostro radiante ante la mirada de los que le contemplan. La respiración se acelera; el cuerpo clavado por las extremidades se endereza hasta conseguir la fuerza suficiente no sólo para hablar, sino para gritar de un modo tan sonoro y triunfal que sorprende y asusta al centurión, que ha visto morir a muchos hombres pero a ninguno como este. El grito resuena como el clamor de un rey en el momento de la victoria. Y en un instante, el fracaso, los trabajos y la amargura desaparecen para siempre. *Consummatum est...* ¡Todo está acabado!

Cristo vino al mundo para llevar a cabo la tarea más importante, más que el acto absoluto de la voluntad divina por el cual todas las cosas llegaron al ser desde la nada, más que esa constante fuente de energía que mantiene todas las cosas en el ser, las estrellas en su curso, los átomos en cohesión, y los mundos del espíritu y de la carne en sus mutuas relaciones. Y es que restaurar lo creado es un acto más grande que crear; lograr que el desobediente vuelva a la obediencia, más que darle la existencia; reconciliar a los enemigos, más que

crear adoradores; redimir, más que crear. Que Dios creara al hombre era un acto de poder; que lo redimiera fue un acto de amor.

Vista desde esa perspectiva, toda la historia del Calvario es un esfuerzo incesante por llevar a cabo la redención. Ningún cordero vertió su sangre en vano, ningún profeta habló ni ningún rey reinó, excepto como eslabones de la cadena de la que el Cordero de Dios, el siervo del Señor y el Rey de Reyes es el final y la culminación que lo justifica todo. Abraham vio este día y se gozó; David habló en su canto del nacimiento del Señor y de sus manos y pies heridos; Isaías habló de la sepultura entre los impíos y del sepulcro en el huerto de un rico. Dios cumplió y culminó todo esto, y ahora *Consummatum est*.

Y si damos un salto de dos mil años y volvemos de nuevo nuestra mirada hacia el Calvario, vemos que todo lo que Dios ha hecho desde entonces nace de ahí: todas las inspiraciones de la gracia, todos los sacrificios y las oraciones, todas las mociones divinas, toda la correspondencia de las almas de los hombres, todos los pecados perdonados, todas las nuevas vidas recomenzadas, todas las muertes de los justos, todos los nacimientos de nuevas almas inocentes, todo extrae su fuerza y su auténtica existencia del torrente de amor que brota a los pies de la cruz de Cristo.

En ese momento, cuando de su corazón traspasado cae la última gota de sangre, Jesús, con una fuerza increíble en un moribundo, grita: «Todo está cumplido».

En el cuerpo de Cristo se ha reanudado ahora la amistad entre Dios y el hombre: ha desaparecido la antigua e irreconciliable enemistad entre el pecado de la criatura y la justicia del Creador, entre la mancha del alma y la santidad del Padre de las almas. Ya somos aceptados «entre los que ama».

En primer lugar se ha abierto para el pecador la puerta de la salvación. De ahora en adelante no hay pecados imperdonables. Se dice que la caridad consiste en perdonar lo imperdonable y amar lo imposible de amar. Y como canta el profeta, esa sangre preciosísima «será una fuente en la que se laven el pecador y el impuro». O, como escribió el apóstol, «donde nos purifiquemos del pecado». La amistad se abre a toda alma que la desee.

Sin embargo, hay algo más. La muerte de Cristo no sólo hizo posible una mera amistad, sino distintos grados de ella a los que ni siquiera los ángeles pueden aspirar. Y, gracias a esa preciosísima sangre, un alma no sólo puede pasar de la muerte a la vida, sino que, por sucesivos peldaños, etapas y niveles, puede llegar a la perfección de la santidad misma. David tuvo sed de Dios; David intentó incesante ente «despertar en la presencia del Señor» que es la suprema satisfacción del alma. Sin embargo, hasta después de la muerte de Cristo ningún alma pudo llegar a esa meta —como era su deseo y el de Dios— que ahora encuentra a su alcance siempre que esté dispuesta a los sacrificios necesarios.

Por la fuerza de esa Preciosísima sangre vertida, y por la gracia de los sacramentos, el alma puede lograr ser fiel a Cristo en cada uno de sus

pensamientos, palabras y acciones. Y por esa misma fuerza, puede alcanzar un punto de unión con El, tan vivo y tan pleno, que realmente la lleve a afirmar: «Estoy clavado con Cristo en la cruz. Ya no soy yo el que vive: es Cristo quien vive en mí».

Pues bien: la tarea de Cristo quedó «cumplida» en la cruz; cumplida, sí, pero no clausurada, sino liberada del doloroso proceso que la motivó; acabada como el pan que, después de amasado y cocido, está listo para ser consumido, como el vino procedente del lagar, como el cuerpo del niño cuando le da a luz su madre.

Terminada, para un nuevo y glorioso comienzo. El torrente que mana de sus heridas inunda las almas de los hombres lo mismo que su carne desgarrada los alimenta. Porque ahora, la Pasión de Cristo comienza a realizarse en su Cuerpo místico, que pone «lo que falta a la Pasión de Cristo». Ahora, el terrible proceso que martirizó y destrozó su naturaleza humana asumida empieza a repetir la misma tarea de redención en el cuerpo de la Iglesia que, místicamente, es el cuerpo en el que Cristo mora para siempre. El sol se pone para que otro sol —que es el mismo— siga su curso. «La mañana y la tarde son el día».

Y nosotros, sus amigos, que gracias a su amistad somos capaces de vivir, morir y resucitar con El, vivimos generalmente como si no hubiera muerto. Comparemos la vida de un pagano culto y responsable con la vida de un cristiano culto y responsable. Saquémoslos de su ambiente y situémoslos el uno junto al otro. ¿Son tan grandes las diferencias? Algunas aparecen en los símbolos religiosos de ambos: uno lleva a Apolo y el otro un crucifijo. Uno venera a una diosa egipcia con el hijo en los brazos y el otro, a la Madre inmaculada de Jesús con su Niño bendito. Sus conversaciones, sus ropas, sus casas —signos completamente indiferentes para la vida del alma—, son distintas. Pero ¿son tan distintas sus virtudes, sus esperanzas de eternidad, su dolor ante las tumbas abiertas, sus ilusiones junto a la cuna...? Incluso antes de que Cristo muriera, los hijos amaban a los padres y los padres a los hijos. ¿Han llegado los cristianos a alcanzar ese asombroso grado de amor que exige «aborrecer a su padre y a su madre» para llegar a ser discípulos del Señor? Antes de que Cristo muriera, la castidad era una virtud. ¿Hemos adelantado tanto hoy en la pureza de corazón sin la cual nadie puede ver a Dios? Incluso un emperador romano predicó el dominio de uno mismo y lo practicó. ¿Son nuestros hogares los mejores modelos de paz fraternal entre quienes viven juntos?

¿Llevó Cristo a cabo su obra sólo para que la sociedad no se pudriera más?... ¡Que Dios nos ayude! Cuando contemplamos la llamada sociedad cristiana de hoy tenemos la impresión de que Cristo no la ha empezado aún.

Del Calvario brota un enorme río de gracias, un caudal que debería hacer feliz a la Ciudad de Dios. Hay enormes embalses de gracia rebosando de los sacramentos, empapando el suelo bajo nuestros pies y refrescando el aire que respiramos. Y nosotros continuamos aferrados a nuestra odiosa falsa humildad

como si la perfección fuera un sueño, y la santidad el privilegio de los que ven a Dios en la gloria.

En el nombre de Cristo, *empecemos*, porque Cristo *ha terminado*.

7. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

Con su sexta palabra, nuestro Señor proclamaba que había dado fin al «asunto de su Padre» del que hablara años atrás en el templo. Ahora deja caer lentamente la cabeza sobre el pecho y, con las frases que aprendió en las rodillas de su madre —y que todo niño judío repite al confiar su alma a Dios cuando llega la noche—, rinde el espíritu en manos del Padre. Cae la tarde y se acerca el Sabbath en el cual, Dios, viendo todo lo que ha hecho, pronuncia de nuevo su «es bueno» y descansa de su tarea.

La paz de la muerte de nuestro amigo divino es uno de los aspectos más conmovedores de la Pasión. Durante treinta y tres años se dedicó a su obra, y desde su primer aliento de vida en el inhóspito portal de Belén, nunca descansó realmente. Incluso mientras dormía, su corazón velaba.

Su tarea consistió, entre otras cosas, en la colocación de los cimientos para la reforma del mundo. Si tenía que perdurar la civilización, todo —desde el desarrollo del Imperio Romano, hasta la evolución de los pueblos bárbaros, etc.— debía remodelarse sobre las bases que Cristo estableció, o perecer. Aún más: fundó el mayor reino jamás imaginado, la suprema sociedad sobrenatural que debe inspirar los decretos de los reyes y conceder a las repúblicas el derecho de gobernar. Porque el sucesor de su vicario será «padre de príncipes y reyes, y señor del mundo». Y mientras tanto, hubo de llevar a cabo incontables gestos de misericordia: no despedirá a las almas solitarias, ningún cuerpo enfermo quedará sin sanar, y ninguna necesidad, insatisfecha. Y todo ello lo llevó a cabo *un Hombre*. En realidad, sólo Dios pudo hacerlo. No hay reformador, filósofo o monarca que haya soñado con fundar un reino como este. Y todo lo llevó a cabo una naturaleza humana: fueron labios mortales los que dijeron aquellas cosas; fueron manos mortales las que prepararon aquellos cimientos; un cerebro mortal lo organizó y lo tradujo al lenguaje humano haciendo realidad los sueños de Dios. Ciertamente Dios no puede cansarse, pero hizo que el Hombre se cansara miles de veces.

¡Merecía, pues, un profundo descanso! Y finalmente lo obtuvo. El alma que ha sufrido tan terrible agonía reposa ya en un lugar de descanso y de paz, donde las almas que han servido a Dios por medio de su correspondencia a la gracia esperan la primera llegada de su redentor. El cuerpo que ha soportado el peso del día y del calor, que se ha agotado a causa del trabajo y quebrantado por los sufrimientos, y que, por fin, ha sido golpeado, herido y destrozado a manos de los mismos por los que soportó todo, yace en un frío sepulcro excavado en la roca, envuelto en un suave lino y ungido con mirra y perfumes, esperando el soplo de la energía divina que de nuevo recorrerá sus venas,

nervios y músculos, transformándolo en la imagen divina. Y, al no estar ya sometida a ninguna limitación, fatiga o deterioro, su alma no volverá a sentir tristeza, sino que disfrutará del gozo eterno. *Nuestro amigo duerme por fin.*

La paz de Dios que sobrepasa a todo entendimiento es, con mucho, el mayor de sus dones, por encima de la salud y de la riqueza, por encima, en cierto modo, de las virtudes mismas puesto que es su corona y su premio. Esta paz de Cristo es lo único necesario, y, como El mismo nos dice, es esa «mejor parte», mejor que toda la actividad y toda la energía, y que «no nos será quitada».

Por esta razón nos planteamos la muerte con una esperanza que nos tranquiliza y reconcilia ante esa brusca interrupción de la actividad, que supone el mayor horror para la imaginación de un alma dinámica y vital. Incluso algunas veces la muerte tiene un enorme atractivo (o quizá podríamos decir que debería tenerlo) para ciertas almas que han padecido los sinsabores de la vida.

Y es que, de vez en cuando, el hecho de vivir exige un esfuerzo intolerable, no sólo por el cansancio que para el cuerpo supone obedecer a las exigencias del alma, sino por el esfuerzo, aún mayor, que para el alma supone responder adecuadamente a las inspiraciones y peticiones de la gracia.

Si fuera posible, pediríamos que terminara esa lucha para descansar plenamente en Dios sin ni siquiera un esfuerzo de la voluntad; para reposar y hundirnos en El, nuestro único descanso. Sin embargo, no debemos hacerlo, pues eso sería caer en el *quietismo*—esa curiosamente seductora teoría que implica letargo e inactividad—, esa modorra de un alma que ha sido creada para obrar, y de una voluntad que debe responsabilizarse del mérito o el demérito de sus actos. Ese estado únicamente es posible en la «divina necesidad» del purgatorio, y en ese caso, solamente porque es necesario.

Por otra parte, existe una paz de Dios incluso mientras vivimos. A causa de su falta, muchas almas se debaten y atormentan profundamente ante las rígidas barreras de sus propias limitaciones. Esa paz debe nacer de una única razón: del perfecto equilibrio de nuestras almas con el entorno para el que fueron creadas, de la respuesta perfecta por parte de nuestra amable y amante naturaleza a la única naturaleza adorable, la única que puede entendemos. En una palabra, esa paz sólo podemos encontrarla en todo lo que hemos venido considerando: en la íntima, afectuosa y voluntaria amistad con Cristo, que nos hizo para El y preparó su propia Encarnación para que esa unión fuera completa.

La actividad, pues, es buena y necesaria en su lugar adecuado. La obra de Dios no puede hacerse sin ella. Pero es imprescindible que el alma goce de paz interior para que esa actividad cumpla sus objetivos. Vamos y venimos, acertamos o fracasamos. No tiene demasiada importancia, ya que no hay

baremos en este mundo que nos permitan calibrar los resultados.

Pero la paz interior es necesaria puesto que nuestra verdadera «vida está oculta con Cristo en Dios»; esa paz que, como El mismo nos dice, el mundo no puede darnos ni quitarnos, una paz que, a diferencia de otras emociones gratificantes, es completamente ajena a las cosas externas. En esta paz entró Cristo en cuerpo y alma cuando rindió su espíritu en manos del Padre, esa paz del Sabbath que El inauguró y que «permanecerá... para el pueblo de Dios».

La muerte ya no es temible y la vida ya no es gravosa, porque detrás de la escalofriante quietud de la muerte y de la enloquecedora prisa de la vida, Cristo y el alma moran juntos en la minúscula estancia del corazón, excavada en lo que es mas duro que la roca. Esta roca no es la que se partió cuando se abrieron los sepulcros sembrando el terror aquí y allá, y provocando el pánico en Jerusalén. Y por fin, ahora, cuando hemos aprendido a morir a todo excepto a Cristo, cuando es todo nuestro, El es también nuestra paz.

Contemplemos por última vez el sagrado Cuerpo que pende de la cruz. Ha corrido la sangre, el alma ha partido y nuestro amigo descansa. Vayamos también nosotros para ser enterrados con El. Y que nuestras almas y las almas de todos los fieles, los que viven y los que marcharon, ¡descansen en El!

XIII. DÍA DE PASCUA

No me toques, porque aún no he subido al Padre.
(Jn 20,17)

A lo largo de la Semana Santa hemos asistido a la tragedia suprema en la historia del mundo, presentada con toda la magnificencia posible del arte litúrgico y simbólico. En el transcurso de los días hemos visto a nuestro amigo como protagonista del drama, rodeado de un coro de profetas, soldados, sacerdotes, mujeres, niños, enemigos y amigos, representantes del conjunto de la familia humana de la que El mismo fuera un miembro. Cada uno de ellos interpreta su papel y prepara su propio camino hacia el oscuro y reducido grupo que rodea la cruz; y luego, hacia esas escenas de ensueño con las que la Iglesia católica nos presenta los eternos efectos espirituales de la Pasión y muerte de Cristo.

Desde el punto de vista divino es la historia de un triunfo; desde el punto de vista humano, la de un fracaso, como lo es, ciertamente, la historia del mundo a lo largo de su transcurso.

Uno tras otro, los poderes seculares se han unido en contra de El y, uno tras otro, se han unido entre sí en intereses inicialmente antagónicos y finalmente comunes: el nacionalismo, que niega la unidad de la familia humana, el imperialismo, que niega la unidad de la familia divina, y, por último, una religión mundana que niega lo sobrenatural y la trascendencia de Dios. Herodes, Pilatos y Caifás se alían por fin contra Jesús, su enemigo. «Vino a los

suyos y los suyos no le recibieron». Lo hemos visto todo, incluso el detalle final de sellar el sepulcro y poner guardianes. Y no por temor a que Cristo apareciera de nuevo («los milagros no existen»), sino por el miedo a que sus deshonestos seguidores fingieran que había sido así, y ante el riesgo de que un nuevo fraude religioso turbara la paz de su mundo. Bien: dejémoslos tranquilos. Hoy no nos ocuparemos de ellos y así podrán elaborar sus teorías cuidadosamente. Hoy no nos ocuparemos de poner a los pies de Cristo a sus enemigos, sino de devolver a Cristo a los brazos de sus amigos; de reivindicar a Cristo como a nuestro amigo divino en el que hemos confiado y que no nos ha defraudado, y no de su contundente manifestación última al mundo...

Contemplemos el proceso, pues, a través de los ojos del más humilde de sus amigos, alguien que carecía de la serena clarividencia de la Virgen o de la heroica confianza del discípulo amado, alguien que, a pesar de su comportamiento en contra de la voz interior y de la decencia del mundo, tenía a su favor que «había amado mucho» y que «había hecho lo que había podido». Dos sencillas virtudes a las que puede aspirar incluso el más humilde de los enamorados de Cristo.

A raíz de su primer encuentro con Jesús, hubo en la vida de María Magdalena tres momentos cruciales, tres ocasiones en las que su relación con el Señor, su esperanza, la hizo subir hasta los cielos para luego arrojarla al borde del infierno.

I. En la primera ocasión Cristo fue su salvador. El arte y la literatura han reproducido la escena una y otra vez. Los invitados ocupan sus puestos en las largas mesas dispuestas en la estancia del primer piso. Allá, en el último lugar, con los pies aún cubiertos del polvo de los caminos, con el cabello seco y enredado por el viento, vemos al amigo de todos en su diván, al joven carpintero del norte. La invitación no tiene como objeto agasajarle, sino observarle y examinarle a causa de la notoriedad que ha alcanzado entre cierta clase de gente... Ahí están los importantes doctores de la ley, hombres prudentes de aspecto venerable, grave y sereno, charlando sosegadamente con unos y otros. Los sirvientes van y vienen ofreciendo las viandas y escanciando el vino. Y entonces, entra una extraña, arrepentida pero no perdonada, con el largo cabello extendido sobre los hombros, el vestido azafranado en desorden y un pomo de perfume en las manos. Piensa, quizá, que es su última oportunidad y viene exclusivamente a ver a Jesús, a mirar al que una vez la miró amablemente, para percibir un destello de compasión en los ojos penetrantes del Maestro. Los acontecimientos se suceden rápidamente: antes de que lo impidan los criados, se postra a los pies del Señor y, conmovida por la mirada divina, solloza silenciosamente. Se hace el silencio, mientras, ajena a todo lo

que no sean ellos, la mujer se inclina hasta que sus lágrimas caen sobre los pies de Cristo. Entonces, asustada por haber humedecido aquellos pies sagrados, los seca frenéticamente con sus largos cabellos. Después, como si tratara de compensar el contacto con sus lágrimas, rompe el frasco y vuelca el perfume de nardo. Allí, en los puestos de honor, surgen los comentarios.

Jesús alza la cabeza y luego, con un par de frases, da por terminado el asunto.

«Veis a esta mujer... Ella, por lo menos, ha hecho lo que tú, mi anfitrión, dejaste de hacer... Ha amado mucho... Y por eso, sus pecados le son perdonados. Ve, hermana mía, amiga mía, y no peques más».

II. Pocos meses después —meses de una vida diferente, limpia y tranquila por fin—, María Magdalena recuerda aquellos tumultuosos pensamientos, su angustia y su esperanza, mientras sigue paso a paso el tormento y la deshonra del que la perdonó y le infundió esperanza. Ha sido testigo, desde el alba, de cada detalle del drama. Ha seguido hasta las afueras a la enfurecida multitud; ha escuchado sus comentarios y oído sus carcajadas, mientras El, su amigo, sale al atrio cubierto con el raído manto de un soldado, con el cetro en las manos heridas y, en la cabeza, el escarnio de la corona de espinas. Ha escuchado en el silencio el chasquido de los latigazos... Luego, le ha seguido de nuevo a través de las calles, fuera de las puertas y por la suave pendiente. Y por último, cuando todo ha terminado y Jesús cuelga de la cruz, desnudo, escarnecido y martirizado, y los soldados se retiran acompañados por la muchedumbre, María se abre camino hasta el pie del árbol tembloroso y, de nuevo, «hace lo que puede». Lava con sus lágrimas los pies del Maestro. Y unidas, fluyen por el suelo —en un raudal más dulce que todas las aguas del paraíso— las lágrimas de la pecadora perdonada y la sangre de su salvador.

No obstante, conserva la esperanza —contra toda esperanza— de que la tragedia no termine trágicamente. Le ha visto en otras ocasiones en manos de sus enemigos, y siempre consiguió librarse. Incluso ahora, mientras ella se abraza a la cruz, no cree que sea tarde. ¡Aún no ha muerto! ¿Dónde están aquellas legiones de ángeles que nombró alguna vez? Y sobre todo, ¿dónde está aquel poder divino que la había confortado, un poder tan evidentemente sobrenatural que carecía de límites? Mientras crecía el clamor de la muchedumbre, «Si eres el hijo de Dios, baja de la cruz y te crearemos», contemplaría el silencioso rostro atormentado que dirigía los ojos cerrados hacia el cielo. Y por encima de todo, cuando cesara el griterío, y desde las cruces situadas a los lados llegara la misma burlona llamada con su terrible añadido, «si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros», probablemente la veríamos levantarse de un salto, acuciada por la intensa esperanza de que quizá, por lo menos ahora, El contestaría. El poder divino acudiría a vengarle, incluso en la hora undécima, y los clavos estallarían en piedras preciosas y la cruz en flores. Y El, su amigo, radiante otra vez, descenderá de su trono para recibir el tributo

de adoración del mundo. Nos la imaginamos en pie, mirando a María y a Juan para hacer acopio de fuerza y, volviéndose de nuevo hacia El, musitar en su angustia: «Puesto que eres el Cristo, sálvate y sálvame».

Y Jesús, dando una gran voz, entregó su espíritu.

III. Sólo le queda una cosa. Se ha ido el que la perdonó, ha muerto su rey. Pero su amigo le ha dejado algo que le permite llorar, pues nadie puede llorar si no conserva todavía en su interior cierta capacidad para la alegría.

Y de nuevo, la que había amado mucho hizo lo que pudo. Después de lavar el cuerpo con sus lágrimas y cubrirlo de ungüentos, recorre paso a paso el silencioso huerto, y contempla la piedra que sella la oscuridad interior, una oscuridad que, desde ahora y para siempre, hará de este huerto el santuario de la amistad... Después, tras un día y una noche y un día, regresa al amanecer para visitar el relicario.

El mundo le ha arrebatado todo lo que podía hacer su felicidad. No sólo los placeres —ahora imposibles para ella—, sino la fe recién descubierta; la esperanza y el amor también se han oscurecido, puesto que quien los había despertado se mostró incapaz de salvarse a sí mismo. Sin embargo, el mundo no podría arrebatarse nunca el recuerdo de una amistad siempre viva y, tan profunda, que resultaba un tormento. Mientras exista el huerto donde yace el cuerpo, estará contenta de vivir. Podrá venir una semana tras otra como el que acude al mausoleo de un dios; podrá esperar el curso de las estaciones viendo crecer la hierba alrededor del sepulcro. Es la dueña de algo mucho más querido que todo lo que el mundo pudiera darle.

Esta mañana lo verá por última vez. Camina rápida y sigilosamente, llevando en las manos nuevos perfumes para ungirle.

Y entonces, recibe una última y más amarga sorpresa; la piedra está corrida y, a la pálida luz del alba, comprueba que el sepulcro excavado en la roca está vacío.

¿Quiénes son esos ángeles que en ese momento ve a través de sus cegadoras lágrimas de desesperación? No serán ángeles quienes la consuelen de la pérdida del cuerpo de un amigo humano.

«Se han llevado a mi Señor, solloza, y no sé dónde lo han puesto». De pie, tras ella, ve a un hombre y, «pensando que es el hortelano», se dirige desesperadamente hacia él.

«Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

«María!»

«Rabboni!»

Todavía le queda una lección por aprender.

Cuando, muda de asombro y de deseo, se lanza a los pies del Maestro para, tocándolos, asegurarse de que son los mismos que besara en casa del fariseo y en la cruz del Calvario, de que es El y no un fantasma, el Señor

retrocede:

«No me toques porque aún no he subido al Padre».

«No me toques...». Esta amistad no es ya la que era: es infinitamente más elevada. No es la que era, puesto que de su sagrada humanidad han desaparecido las limitaciones que le obligaban a estar aquí y no allí; limitaciones que le hicieron sufrir, cansarse, sentirse hambriento y llorar; limitaciones que le granjearon el cariño de los suyos, pues les permitieron ayudarle, consolarle y apoyarle. Aún no se había producido su entrada en la gloria —«aún no he subido al Padre»—, la explosión de la ascensión y el recorrido por las jerarquías angélicas hasta el momento de la coronación a la derecha de la majestad del Altísimo, y que culminará con el envío del Espíritu Santo y tendrá como resultado la presencia de la sagrada humanidad en cientos de altares.

Entonces, el que conociste confinado en el tiempo y en el espacio volverá para que puedas tocarle de nuevo. Y será tu amigo otra vez. El creador de la naturaleza se presentará con esa misma naturaleza ahora ilimitada. El que asumió la naturaleza humana se presentará con una naturaleza humana. El que habló en la tierra «como quien tiene autoridad» hablará otra vez del mismo modo. El que curó al enfermo lo curará de nuevo en la puerta llamada Hermosa. El que venció a la muerte, vencerá la de Dorcas en Jope. El que llamó a Pedro en Galilea llamará a Pablo en Damasco.

A lo largo de esta obra hemos considerado nuestra amistad con Jesucristo. Volvamos al día de Pascua, el día de su triunfo, para recordar de algún modo lo que significa esta amistad.

En primer lugar, El es nuestro amigo del alma, esa luz que ciega al principio y luego ilumina los ojos que le miran y que también pueden brillar como la luz del mundo. Pero esa amistad interior es sólo una parte de la que nos ofrece, pues, como una vez hace dos mil años apareció en el escenario de la historia, hoy sigue viviendo en el mismo escenario. El Cristo de nuestro interior grita al Cristo exterior que Cristo puede ser todo en todos.

Vive en el sacramento del amor como nuestro amigo, nuestra víctima y nuestro alimento, y en esas tres formas, por amistad.

Vive en su Iglesia de una forma distinta, de tal modo que el alma que la oye le oye a El, y el alma que la desprecia le desprecia a El, pues ella es el cuerpo del que El es el alma. Es dueña del «pensamiento de Cristo», habla (igual que El) como el que «tiene autoridad» y hace «cosas más grandes» (como hizo El) «porque se fue al Padre» y desde entonces vive en ella. De modo que lo que escuchan sus amigos son las palabras de la cabeza, porque a esa cabeza humana encomendó el Buen Pastor el cuidado de su rebaño y las llaves de la «puerta».

Además, vive en sus santos y, especialmente, en su Madre Santísima. De

los amigos predilectos del Señor aprenderemos lo que es amistad; a través de la reina del cielo conoceremos los planes del rey.

Y vive también en sus queridos pecadores, en quienes, en medio de su oscuridad, nos enseñan lo que debe ser la luz; en aquellos que lloran en la soledad del pecado y cuyo comportamiento nos impulsa a acudir consternados al Pastor para que corra en su busca.

Y vive, por representación, en el «más pequeño de los hermanos», en los que piden limosna en su nombre y tienen hambre, en los hombres corrientes que se saben corrientes, pero que han sido hechos a su imagen y que, por su auténtica fidelidad al modelo, son los verdaderos representantes del que afirmaba ser «el hijo del hombre».

Y vive en el que sufre, y en el niño; en las obligaciones habituales y en lo cotidiano.

Y vive en la luz del sol y en la brisa, en la tormenta y en la calma, en los imperceptibles confines de la tierra y en el esplendor ilimitado del espacio; en el granito de arena y en el sol; en el rocío de la mañana y en la inmensidad del mar.

No hay camino de pensamiento o sentimientos en los que no esté Cristo, ni actividad humana en la que no participe el «hijo del carpintero». Bajo la piedra y en el corazón del bosque.

Cuanto más minuciosa es nuestra búsqueda, más delicada es su presencia. Cuanto más amplia es nuestra visión, más ilimitado es su poder.

Así, poco a poco, transcurre nuestra vida, en medio de cientos de infidelidades y miles de errores, de desafíos patentes y pecados ocultos. Pero seguimos, como siguió Pedro, entre la mirada de fuego del sumo sacerdote y el dolor del arrepentimiento ante el que brillarían los ojos de Cristo. Y vamos así, cegados por la pena hasta el éxtasis del gozo, pensando en encontrarle muerto y esperando vivir de un recuerdo, en lugar de confiar en que está vivo, y mirando hacia el «hoy», en el que vive aún más que en el ayer. Y, poco a poco, descubrimos que no hay jardín por el que El no pasee, ni puerta que El no pueda abrir, ni camino por el que no puedan arder nuestros corazones en su compañía.

Y mientras, lo encontramos más y más fuera de nosotros, en los ojos de los que amamos, en la voz que nos reprende, en la lanza que nos atraviesa, en el amigo que nos traiciona y en la tumba que nos aguarda. Como lo encontramos en sus sacramentos, en sus santos, en los sucesos extraordinarios que ha designado como lugares de cita. Y, aunque parezca que lo hemos desdeñado, lo encontramos más y más en nuestro interior, unido a cada fibra de nuestras vidas, inundando nuestros recuerdos y enterrado en lo más hondo de nuestros corazones.

De este modo, pues, afirma su dominio exigiendo uno tras otro los poderes que considerábamos exclusivamente nuestros. Para nuestro conocimiento, El es el más perfecto; para nuestra imaginación, es nuestro

sueño, para nuestra esperanza, la recompensa.

Hasta que, por fin, obedeciendo a su gracia, lleguemos a ser totalmente suyos en la gloria, sin ningún pensamiento contrario a la sabiduría divina, sin más amor que el del Sagrado Corazón, sin más voluntad que la suya.

«Para mí, pues, vivir es Cristo y morir la ganancia». Porque ya no vivo, sino que es Cristo quien vive en mí».

Mi amigo es mío, por fin. Y yo soy suyo...

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR EDICIONES RIALP, S. A.,
ALCALÁ, 290. 28027 MADRID, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ANZOS, S. L., FUENLABRADA (MADRID),
EL DÍA 20 DE MARZO DE 1997.